EL CHICO DE LAS PEÑUELAS

O

NO HAY MAL COMO EL DE LA ENVIDIA

Sainete lírico de costumbres madrileñas en un acto, dividido en tres cuadros, con música del maestro

RAFAEL MILLAN

Estrenado en el teatro de Apolo, de Madrid, en la noche del 12 de mayo de 1915

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
VALENTINA (35 años)	Srta. Andrés.
SOLE (16 íd.)	Sra. Mayendía.
ENCARNA (20 íd.)	Srta. Leonís.
JOSEFA (35 íd.)	— Moréu.
SEÑÁ MAURICIA (50 íd.) ...	— Montes.
SINFO (20 íd.)	— Domínguez.
INDALECIA.....	— Gáliana.
DOMITILA	— Fúster.
LAVANDERA 1.ª	— Cortés (P.)
IDEM 2.ª	— Fortuny.
IDEM 3.ª	— Santamaría.
IDEM 4.ª	— Carceller.
IDEM 5.ª	— Gavilán (P.)
IDEM 6.ª	— Nieva.
IDEM 7.ª	— Gavilán (M.)
IDEM 8.ª	— Gavilán.
IDEM 9.ª	— Bellver.
SEÑÁ RITA	— Lobejano.
CHULA 1.ª	— Nava.
IDEM 2.ª	— Gavilán (P.)
Una VENDEDORA	— Carceller.
SEÑOR HILARIO (45 años)...	Sr. Rufart.
SEÑOR BERNABÉ (50 íd.)...	— Moncayo.
PACO CEBRIÁN, CHICO DE LAS PEÑUELAS (25 íd.)...	— Ortas.
SEÑOR COSME (60 íd.)	— García Valero.
AQUILINO (40 íd.)	— S. del Pino.
SEÑOR CECILIO (30 íd.)	— Román.
TÍO PELELE (65 íd.)	— Ibarrola.
PANOLI (15 íd.)	— Fischer.
Un CARTERO	— Gutiérrez.
SEÑOR TOBÍAS (50 íd.)	— Villa.
JUSTO VIDAL (ZIPELÍN) (20 íd.)	— Román.

ANTONIO RIZO (VIGUDÍ) (18 íd.)	Sr. Fischer.
EMILIO RINCÓN (TELARAÑA). (22 íd.)	— Gutiérrez.
AMIGO 1.°	— Llayna.
IDEM 2.°	— Delgado.
IDEM 3.°	— Díaz.
UN POLICÍA	— Rodríguez (A.)
GUARDIA 1.°	— Corao.
IDEM 2.°	— Rodríguez (B.)
HORTERA 1.°	— Castañé.
IDEM 2.°	— Fernández.

Murguistas, Vecinos, Vecinas y Chicos de la calle, Transeúntes y Banda.

La acción, en Madrid. Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

La escena representa el interior de un lavadero cubierto. Es una habitación amplia, cuadrada, de paredes altas. Al foro, un gran portalón de dos hojas, ancho, practicable, que da a la carretera de Puerta de Hierro, llena de sol. En los laterales izquierda, dos puertas que se suponen de habitaciones de la casa, cubiertas con cortinas de lona. En los laterales derecha y hacia el último término, una puerta de dos hojas que conduce al tendedero. En la parte superior de las paredes, grandes ventanas, de forma apaisada, con cristales polvorientos, por donde se supone que entra la luz que necesita un local tan amplio. El techo, destartalado, con grandes vigas llenas de telarañas. En mitad de la escena, y próximos a los laterales, dos lavaderos de piedra, corridos, llenos de agua y en los que puedan lavar ocho mujeres en cada uno. En el rincón de la izquierda, un gran fogón con la caldera para la colada Tiene tubería moderna. En los primeros términos, una mesa de pino, sillas de anea, un armario, un reloj de pesas, grande, antiguo. Arrimadas a la pared, sacas de ropa, canastas grandes y muy usadas, barreños, cuerdas, estacas, largueros, etc., etc. Es de día.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparecen en el lavadero de la derecha en primer término ENCARNA, VALENTINA, SINFO y cinco LAVANDERAS. En el de la izquierda, JOSEFA, SOLE, SEÑÁ MAU-

RICIA y más LAVANDERAS, hasta ocho. Todas lavan animadamente, riendo y bromeando: restriegan las prendas, dan jabón, golpean con las palas, retuercen la ropa, escurren. Una LAVANDERA, con un barreño de ropa, vase por el tendedero. El TÍO PELELE entra con un montón de prendas, ya secas, y las va doblando y metiendo en una saca.

Música.

TODAS.

Lava, lavandera,
vaya restregón,
dale con la pala,
venga más jabon.
Que si quies blanquita
la ropa dejar,
pala, pala, pala
(Golpeando.)
le tendrás que dar.

SEÑÁ RITA. *(Asomándose a la puerta del tendedero y a voces.)*
Señá Andrea.

VOZ *(De mujer, dentro, muy fuerte.)*
¿Qué quies, chica?

SEÑÁ RITA.
Cuando tienda avíseme.

SINFO.
Di que no tienda en mi cuerdà,
que va a tender Salomé.

JOSEFA.—*(Furiosa a Sole.)*
¿Pero qué haces, criatura?

SOLE.—*(Con rabia.)*
Si me s'acabao el jabón.

JOSEFA.

Pos coge el de la Tomasa.
¡Jesús qué condenación!
(Siguen lavando.)

SINFO.

Echate una copla, Sole.

SOLE.

¡Que me van a regañar!

UNA.

No te apures.

SINFO.

Picantita.

VALENTINA.

De las tuyas.

SOLE.

Allá va.

La soltera del cuarenta
dicen que es de las cabales,
y ayer me ha echao dos pañales;
conque ajuste usté la cuenta.

(Todas ríen. La Señá Josefa golpea enfurecida a la Sole.)

JOSEFA.

¡Pero ustedes oyen!
¡Te voy a matar!
(Le pega.)

SOLE. *(Queriendo huir.)*

¡Por Dios, sujetarla!
(Avanzando a primer término.)

TODAS.

Amos, déjala.
(Se interponen.)

JOSEFA.

¡Cantar esas cosas!...
¡Te arranco la piel!
(Pegándole más.)
Toma, toma, toma...

TODAS.

No la pegue usté.

Hablado.

SOLE.—*(Huyendo de su madre y llorando.)* ¡Amos, pero están ustés viendo!... Estése usté quieta, hombre..., que si no pega usté, no vive.

JOSEFA.—¡Cállate o te arranco la lengua, recondená!

SOLE.—¡Pero qué he hecho yo, señora!... ¡Misté que es lo grande, hombre!...

VALENTINA.—Amos, Josefa, que la ties el cuerpo a la chica que es un puro cardenal. *(Vuelven a las pilas, menos Sole y Josefa.)*

SOLE.—¿Que si es un puro cardenal?... Amos, por gusto quiero que me vean ustés este muslo, a ver si saben ustés de qué color es. *(Va a levantarse la falda.)*

JOSEFA.—*(Vivamente.)* ¡Pero serás capaz, so arrastrá!

SOLE.—Si semos mujeres solas.

JOSEFA.—¿Y el tío Pelele?

SOLE.—Es nutral. Al menos eso dice él cuando pellizca.

TÍO PELELE.—A los setenta y dos cumplíos, le enseñen a uno lo que le enseñen, desaplicao.

SINFO.—A más de que en esta ocasión la chica no es culpable.

SEÑÁ MAURICIA.—Hemos sío nosotras, que la hehos dicho que cantase a la creatura.

JOSEFA.—¿Y quién la manda cantar esas indecencias de coplas? *(Vuelve a la pila.)*

SOLE.—Si me mandase usté a un colegio de pago, cantaría el «tuesten», u el «guau guau estep»,

u cualquier otra cosa extranjera..., ¡pero qué quie usté que aprenda la que cae en Los Moratines, ande la persona más fina se restriega con papel de lija!

JOSEFA.—¿Dónde me he educao yo?

SOLE.—En ninguna parte.

JOSEFA.—Pos ya ves como no canto golferías.

SOLE.—¡Porque tie usté blonquitis!

JOSEFA.—¿Blonquitis?... Quítate de mi vista si no quies que te deshaga, so galocha. *(Avanza y le da unos tirones del pelo.)*

SOLE.—Sí, señora, que me quito, que no paece usté mi madre, que me tié usté deshecha a golpes... *(Arreglándose el pelo.)*, que tengo la cabeza que cuando me peino paece que le saco la raya a un montón de grava.

JOSEFA.—¡Fuera de aquí!

SOLE.—Sí, señora, que me voy. Que por no respetar no respeta usté ni a los agüelos, que los despeta too el mundo. ¡Me ha arrancao uno! ¡Misté qué lástima! ¡Maldita sea!... *(Como el que adopta una resolución heroica.)* Me voy a tender. *(Coge un barreño con ropa.)*

JOSEFA.—A ver si te duermes...

SOLE.—*(Casi llorando.)* ¡Mia si supiese que no me despertaba más!...

JOSEFA.—¡Anda d'ahí, que me ties la sangre negra! ¡Galocha, más que galocha!

VALENTINA.—Mujer, si es que la pegas por demás a la pobre criatura.

JOSEFA.—Porque quiero que se haga una mujer.

SOLE.—*(Volviendo desde la puerta del tendedero.)* ¿Pero usté cree que con estos golpes me voy a hacer una mujer?... ¡Como no me haga una pandereta! *(Josefa va a pegarle y ella echa a correr por el tendedero. Valentina va a probar con la mano el agua de la colada.)*

ESCENA II

DICHOS, menos SOLE; luego, PANOLI, por el tendedero.

VALENTINA.—¡Tío Pelele!

TÍO PELELE.—Presente.

VALENTINA.—Dígale usté a Panoli que eche más carbón, que esto está pa servirlo en garrafa.

TÍO PELELE.—*(Llamando.)* Panoli...

VALENTINA.—Cuidao que se lo tengo avertido. Que no me se quede fría la colá, niño. Pos como si lloviznara.

PANOLI.—*(Un chicuelo con cara de tonto.)* ¿Qué pasa? *(Avanza a primer término por la derecha.)*

VALENTINA.—Que eches más carbón, alma mía. ¡Camará, que tiés un alma que te se pasea por Recoletos y a lo mejor se sienta!

PANOLI.—Pos antes he echao cinco palás.

VALENTINA.—Pos dobla, rico.

PANOLI.—¡Maldita sea!... Mia que tenerse que pasar uno la vida echando lumbre. *(Simula echar carbón.)*

VALENTINA.—Mialo, paece un pasmao. *(Avanza secándose los brazos en el delantal.)* Bueno; las nueve y media; la que quiera irse a almorzar, que se vaya, que hasta la tarde hacemos fiesta en esta casa. Y tú, Sinfo, y usté, señá Mauricia, si queréis un bollito y un trago, arrimaros. *(Saca del armario bandejas, botellas y vasos, que coloca sobre la mesa, que está a la derecha.)*

SINFO.—Allá vamos. *(Se acercan y se sientan.)*

VALENTINA.—Y lo mismo te digo, Josefa.

JOSEFA.—*(Secamente.)* Gracias. *(Sigue lavando.)*

VALENTINA.—Amos, ven y no seas erizo.

JOSEFA.—No me cumple naa; se agradece.

VALENTINA.—Tu gusto, hija. *(Josefa sigue lavando. Las demás Lavanderas se secan, se quitan los delantales, se ponen los mantones y se marchan por el foro. Alguna, así como Panoli, sale por el tendedero.)*

SINFO.—Qué señá Josefa.

SEÑÁ MAURICIA.—¡Mia qué es agria!

VALENTINA.—¡Eso es un limón pasao! *(A Encarna.)* Y tú, Encarna, a ver si dejas de lavar, no sea que venga tu padre.

ENCARNA.—Le estaba ayudando a la Marcelina.

VALENTINA.—Pero ya sabes que no te quie ver en ello.

ENCARNA.—¡Y quién se lo va a decir! A más de que es mi gusto. Si no ando en el agua, no vivo. *(Viene secándose los brazos desnudos.)*

SINFO.—Pa que no te hubieses criao en el río. *(Beben unas copas de vino y comen de los bollos que ha servido Valentina.)*

SEÑÁ MAURICIA.—¡De chica se tié dao caa chapuzón!... ¿Te acuerdas?

ENCARNA.—¡A ver!

SEÑÁ MAURICIA.—Paece que la estoy viendo. Se ponía tal que su madre la trajo al mundo. Y paf..., se zampaba en el agua desnudita.

VALENTINA.—Era su costumbre.

TÍO PELELE.—Hay costumbres que no debían de perderse. Con permiso. *(Se bebe una copa. Entra Sole del tendedero y se acerca, mirando los bollos codiciosamente.)*

SEÑÁ MAURICIA.—Y qué, ¿hoy tengo oído que es el gran día en esta casa, jóvenes?

ENCARNA.—Y que lo diga usté, señá Mauricia.

VALENTINA.—Hoy es el día más feliz de nuestra vida. Vienen a pedir la mano de ésta..., y el mes que viene las amonestaciones de ella y de Paco y las de su padre y las mías... ¡Los dos matrimonios en un mes!

SINFO.—¡Ole con ole!... Eso sí que se mojará a lo grande.

VALENTINA.—Ni te ocupes. Ya conoces a Hilario, que estornuda, le sale bien y convida; conque por una cosa así, que es su felicidad, no digamos.

SINFO.—Sus merecéis el bien que tenís, hay que decirlo.

SOLE.—Sí, señora; que han sío ustés mu regüe-

nas paa too bicho viviente que las ha arrodeao, y eso tie su pago. *(Comiéndose un bollo.)*

VALENTINA.—Eso, no; la suerte de caa uno, hija. Que esto ha sío como un sueño. Ya veis; hace dos años aún vivíamos, yo, tan ajena con mi marido, y mi hermana casá con el padre de ésta; pos en menos que se dice, faltó mi marido, murió mi hermana, quedó mi cuñao solo con la chica, me hizo de venir a cuidarla, las dos nos encargamos de esto, él se fué a su negocio del merendero pa no dar qué decir, y pasao el luto, lo que estaba de Dios: ésta se va a casar con el hombre que quiere, y su padre y yo, pues... ¡capicúa!

SOLE.—Y tú estarás contenta, ¿verdá, Encarna?

ENCARNA.—Contenta y más que contenta; contenta y recontenta, Sole. *(Se abrazan con alegría.)*

SOLE.—La verdá es que tienes un cacho e novio que no cabe por ese portalón. Es un rato de hombre.

TÍO PELELE.—Y una celebridá, que no se os olvide. Que dentro de poco no habrá en España un torero como Paco Cebrián, «Chico de las Peñuelas», porque tié unas agallas que pa él no hay toros grandes ni cornalones. A ése le echan un pavo y se lo come.

SOLE.—¡En veces, yo también!

SEÑÁ MAURICIA.—Y qué, ¿el domingo dicen que alterna en Tetuán?

VALENTINA.—Por primera vez, sí, señora.

ENCARNA.—¡Ay, si queda bien, qué gusto!

VALENTINA.—Míala, de pensarlo, se ríe hasta con las orejas.

ENCARNA.—¡La alegría que tengo! Que quiero, que me quieren, que te veo a ti contenta, a mi padre satisfecho y que hoy por hoy no me cambiaría ni por una marquesa. *(Ríe y palmotea.)*

SOLE.—Ni aunque te diesen prima, mia ésta.

ENCARNA.—Y vaya, vengan ustés pa dentro que les quio enseñar la ropa blanca que me trajo ayer la bordadora. Un primor.

VALENTINA.—Veréis qué seis enaguas; a la que pueda ser más bonita.

TODOS.—Vamos, vamos. *(Vanse segunda izquierda. Sole queda la última.)*

SOLE.—Me gusta a mí más ver ropa interior de novios y novias..., porque, claro, paece que una se anima y...

JOSEFA.—*(Deteniéndola.)* ¿Ande vas tú? *(Haciéndola retroceder de un tirón de la falda y avanzando ambas al proscenio.)*

ESCENA III

JOSEFA y SOLE.

SOLE.—A ver la ropa blanca que dice la...

JOSEFA.—Anda a lavar si no quies que te arranque ese pelote que tienes, so pispajo, fea, gandula... *(Amenazadora.)*

SOLE.—Pero, señora... *(Retrocediendo.)*

JOSEFA.—¡Tú que ties que ver naa de nadie!...

SOLE.—Pero si es que m'han dicho que...

JOSEFA.—Anda p'alante, que en too me ties que contradecir, mala pécora, tunanta... *(Haciéndola retroceder a empujones.)*

SOLE.—Pero, señor; pero, hija; pero yo no sé qué la pasa a usté, que cuanta más alegría tien los demás, más fiera se pone usté, ¡caray!

JOSEFA.—¡Fiera!... Cállate si no quiès que te retuerza la lengua, indina, arrastrá... *(La pellizca.)*

SOLE.—*(Huyendo.)* ¡Ay, por Dios, madre!... ¡Vamos, hombre!... *(Frotándose el brazo pellizcado.)*

JOSEFA.—Que no te gozas si no me ves rabiando. ¡Que yo no debía vivir! ¡No debía vivir!

SOLE.—Ni beber, créame usté.

JOSEFA.—¡Pue que te figures que es el vino!

SOLE.—¿Es el aguardiente?

JOSEFA.—Es el veneno que tengo aquí que me repudre de ver lo que estoy viendo, que quisiá quedarme ciega pa no verlo...; ¡ciega!

SOLE.—¡Ya estamos con lo de siempre! *(Chillando.)*

JOSEFA.—*(Furiosa.)* No chilles.

SOLE.—Pero ¿qué está usté viendo, vamos a ver?... ¿Que son felices? Pues déjelas usté.

JOSEFA.—Pues no me da la gana. No quiero, no quiero y no quiero, que esto es un asco de farsa. Unos granujas y una tía hambrona engañando entre toos a un tío baboso..., ¡maldita sea! ¿Y pa qué ha sío una buena en este mundo? Pa tener este pago y verse arrastrá como una esclava y ver que otros triunfan, y ver que otros se van a llevar lo que una. ¡Mia si no ardiese la casa y nos consumiese a toos!

SOLE.—Amos, hija, madre..., amos, cállese usté, que me da usté miedo. Pero ¿por qué les tie usté ese odio, señor?

JOSEFA.—Porque son unas asquerosas.

SOLE.—Total, ¿qué nos han hecho aquí? Pos llenarnos la andorguita la mar de veces; que si no hubiá sido por esta casa, ¿qué hubiésemos comido la metá e los días? Pos aleluyas al gratín y pan de no hay.

JOSEFA.—Pero lo han hecho pa rebajarte, pa humillarte, pa tenerte bajo el zapato. *(Reconcentrado.)*

SOLE.—*(Imitándola.)* Lo habrán hecho pa lo que haigan querido, pero yo he aumentao cinco kilos; que antes paecía que llevaba las carnes en un pellejo prestao y ahora no se me pue coger un pellizco. Al menos eso dicen toos los que me lo... *(Golpeándose los labios.)* Digo, ay...

JOSEFA.—*(Interrumpiéndola bruscamente.)* Lo que eres tú, eres un peazo e carne con ojos. que ni sientes ni padeces ni vales pa na; pero yo veo el mundo y esta casa y too esto podía ser mío, mío..., ¡nuestro!

JOSEFA.—Pero ¿qué iba a ser nuestro? Ganas...

JOSEFA.—¿Tú qué sabes?

SOLE.—Pero si el señor Hilario no le ha hecho a usté en jamás ni mención de na.

JOSEFA.—Porque se entremetió esa golfa de la

Valentina, que ha sío más lagarta que una... y me engatusó a ese tío lila... Pero déjate, que poco lo va a gozar, muy poco. ¡Por éstas! *(Cruza los dedos. Llora.)*

SOLE.—Amos, madre, no se ponga usté así. ¡Mia que hasta llorar, hombre! Después de too, ¿qué le vamos a hacer? ¿Que son felices? Que Dios se lo habrá dao. ¿Que tienen hombres que las quieran? Pa eso son guapas. Misté, a mí no me da envidia de la Encarna. ¿Que ella es más güena moza que yo? Güeno, pero yo llego donde ella llegue. ¿Que no llego de mi natural? Me aúpo. Too tie remedio. Después de too, yo tengo visto que en este mundo, con una mijita de labia y un poquito de paripé, rubias, morenas, altas, bajas, guapas, feas..., too se despacha.

JOSEFA.—¡Quítate d'ahí, cacho prima! *(Le pega.)*

SOLE.—Que sí, señora, ¿pa qué envidiar a nadie? Yo, con tener salú, un río con agua clara, ropita que lavar, puños pa dar jabón, un cacho de novio y boca pa cantar, pos no me cambio ni por la reina de España; porque ¿qué tie la reina?... ¿corona? Pos me pongo yo dos claveles en el pelo, salgo a la calle andando así *(Anda contoneándose.)*, y me saludan hasta los alabarderos. *(Pasando a la izquierda.)*

JOSEFA.—*(Dándole un manotazo.)* ¡Alabarderos! ¡Maldita sea tu estampa! *(La zarandea.)*

SOLE.—¡Pero, madre!

JOSEFA.—¡Que la ves a una repudriéndose y llorando y encima te vienes con chacharramanchas!

SOLE.—Pero, señor, ¡encima que lo hago pa aplacarla!...

JOSEFA.—¡Vete de aquí o te esgarro! *(Amenazándola.)*

SOLE.—¡Dios mío, pero por qué dará tanta pena la alegría de otro! ¡Mia que es castigo! *(Vase, atravesando el foro de izquierda a derecha, al tendedero, refunfuñando.)*

JOSEFA.—¡La alegría de otro! ¿Y qué le ha importao la mía a esa golfa? *(Se oyen voces y risas dentro.)* Yo que había soñao con ser el ama, ver-

la a ella feliz, rica, valiendo una cincuenta mil veces más... ¡Pues no! ¡Sí, reíros, reíros! ¡Veis estas lágrimas? Pos más amargas las tenéis que llorar. *(Vase por el foro izquierda.)*

ESCENA IV

VALENTINA, ENCARNA, SINFO, SEÑÁ MAURICIA y TÍO PELELE, por la segunda izquierda.

SINFO.—Bueno, esa camisa del canesú a ondas, esa paece que no l'han tocao manos.

SEÑÁ MAURICIA.—Pos ¿y el cubrecorsé rosa?

VALENTINA.—¿Os ha gustao?

TÍO PELELE.—Lo que yo digo es que debe dar lástima ponerse una ropa con tanto lazo pa tan pocó público. *(Ríen.)*

VALENTINA.—Es mu requetebonito todo.

ENCARNA.—Como dirigido por ti.

SINFO.—A mí lo que me ha vuelto loca es el juego de novia.

TÍO PELELE.—¡Qué juego! *(Con admiración.)*

SINFO.—¿Le ha gustado a usté?

TÍO PELELE.—Como que es un juego pa hacer las diez de últimas.

SEÑÁ MAURICIA.—En fin, chicas, yo me voy al tendedero, que con éstas y las otras aún tengo dos sacas en las cuerdas. ¿Me ayudas, Pelele?

TÍO PELELE.—Pa luego es tarde.

ENCARNA.—Y yo echo una mano; ande; y así se recoge en cinco minutos. *(Vanse los tres al tendederó. Encarna, al tiempo de hacer mutis, hace una caricia a Valentina.)*

ESCENA V

VALENTINA y SINFO.

SINFO.—Se ve que te quiere mucho.

VALENTINA.—¿Quién, la Encarna? Y yo a ella. Si eso es un ángel. Tan buena como su padre.

SINFO.—Y oye, a propósito, ¿ande iría el señor Hilario esta mañana a las siete, que le vi tan majo cuesta e San Vicente arriba?

VALENTINA.—Qué sé yo, mujer. Y no creas, que la salidita esa me tie intrigá.

SINFO.—¿Por qué?

VALENTINA.—Pues que no ha habío forma de que me dijese ande se marchaba.

ESCENA VI

DICHOS, SEÑOR HILARIO, AQUILINO (guardia municipal), SEÑOR COSME, SEÑOR CECILIO y cinco MURGUISTAS.

SEÑOR HILARIO.—*(Se asoma con cuidado por la puerta y da dos golpecitos en el suelo con el bastón.)* Valentina.

VALENTINA.—¡Ay hijo, qué susto! *(Retroceden hacia la derecha.)*

SINFO.—Mia, si antes le nombramos.

SEÑOR HILARIO.—*(En voz baja.)* ¿Y la chica?

VALENTINA.—En el tendedero.

SEÑOR HILARIO.—Me alegro.

VALENTINA.—Pero, ¿qué pasa?

SEÑOR HILARIO.—*(Imponiendo silencio.)* Chis... *(A alguien que le sigue.)* Introducirse, patrulla. *(Entran los Murguistas con sus instrumentos y Aquilino y el Señor Cosme con una caja, un lío de ropa al parecer y otros paquetes.)* De puntillas, virtuosos.

SINFO.—¡Qué comitiva!

VALENTINA.—Oye, ¿pero traes charanga?

SEÑOR HILARIO.—Cinco Bentovenes y este Puchini. *(Por el Señor Cecilio.)*

VALENTINA.—*(A Aquilino, que está a su lado.)* Y usté, ¿qué lleva aquí?

AQUILINO.—Fuegos artificiales, faroles a la veneciana y cadeneta tricolor.

VALENTINA.—Pero ¿qué preparas?

SINFO.—Alguna de las suyas.

SEÑOR HILARIO.—Chis..., ya lo sabrás todo. Usté, señor Cecilio, y sus diznos... *(A Aquilino.)*, ¿cómo les llamaríamos a los de la banda?

AQUILINO.—Bandoleros.

SEÑOR HILARIO.—Y sus diznos bandoleros, introdúzcanmese en ese gabinete, que ahora les será remitido bajo sobre un frasco de vino pa que vayan tomando bríos.

SEÑOR CECILIO.—Usté mándenos vino, que ya verá usté cómo soplamos.

SEÑOR HILARIO.—*(Indicándoles la habitación.)* Pa adentro.

SEÑOR CECILIO.—Y pa afuera.

SEÑOR HILARIO.—Bueno, ahora pa adentro. *(Los encierra en la primera izquierda.)*

VALENTINA.—Pero, Hilario...; pero ¿qué es este misterio, si pue saberse?

SEÑOR HILARIO.—¡Chis! Valentina, al verme venir con el señor Cosme Pedrajas, más conocido por Tarángano...

SEÑOR COSME.—Campeón del mundo en el chascarrillo baturro, pa servir a usté.

SEÑOR HILARIO.—Y con el probo urbano señor Aquilino Larrea...

AQUILINO.—Cuyo lema es: «Allá donde fueres, ríete lo que pudieres.»

SEÑOR HILARIO.—Habrás comprendido que el pograma de festejos que nos traemos compite victoriosamente con el de la atracción pa forasteros.

VALENTINA.—Bueno; pero si lo que yo no me explico...

SEÑOR HILARIO.—Paso a aclararte... Tú sabes,

Valentina, que Paco Cebrián, «Chico de las Peñuelas», hoy por hoy la única esperanza seria del arte taurómaco nacional e hijo del antiguo y afamao picador de toros señor Bernabé Cebrián, «Tomates», va a contraer matrimonio canónigo con mi hija Encarna, que, a medias contigo, es la reina de mi corazón.

SEÑOR COSME.—Elocuente.

AQUILINO.—Conmovedor.

SEÑOR HILARIO.—Pues bien: como ahora mismo vendrán Paco y su padre a pedirme la mano de la chica, quiero solenizar este día regalándole a él el capote de paseo que ha de lucir el domingo en Tetuán, y a ella el mantón de Manila con que ha de concurrir a dicha fiesta; prendas que te serán exhibidas iso fazto por los pollos que al margen se expresan. Desenvolvan. *(El Señor Cosme enseña el mantón y Aquilino el capote.)*

VALENTINA.—¡Qué preciosidad!

SINFO.—¡Jesús, qué hermosura!

SEÑOR HILARIO.—¿Te gustan?

VALENTINA.—Un encanto. ¡Y no me habías dicho na, so arrastrao!

SEÑOR HILARIO.—Quería sorprenderos. Y ahora comprenderás también que lo de la murga tiene por ojeto amenizar el azto de la entrega de estas prendas a los agraciaos; azto que quiero que se verifique con la solemnidaz de rública.

VALENTINA.—Te he cogío la idea. Entrega, bailoteo, un arroz, mucha gente, cohetes, música, ecétera ecétera.

AQUILINO.—El ecétera de González Byas y en grandes proporciones, si pue ser.

SEÑOR HILARIO.—Me has calcao el pograma, reina.

VALENTINA.—Descuida. Voy a convidar a media vecindaz.

SINFO.—Verá usté qué festival organizamos.

ENCARNA.—*(Dentro.)* Padre..., padre...

SEÑOR HILARIO.—Repeine, la chica. Esconde eso.

VALENTINA.—Hasta luego. Vamos. *(Se llevan capote y mantón, por la segunda izquierda.)*

ESCENA VII

SEÑOR HILARIO, AQUILINO, SEÑOR COSME y ENCARNA, saliendo por el foro izquierda.

ENCARNA.—*(Jadeante y contenta.)* Padre, padre...

SEÑOR HILARIO.—¿Qué pasa, chiquilla?

ENCARNA.—Que ya..., que ya vienen por allá abajo Paco y el señor Bernabé.

SEÑOR HILARIO.—¡Pero qué nerviosa, hija, y qué coloraíta te has puesto! De que ves a ese melón, cerezas.

ENCARNA.—*(Ruborosa.)* ¡Amos, no me sofoque usté, padre! Y a too esto, ¿cómo están ustés?

AQUILINO.—Pa que nos revoquen, pero gozando de verte dichosa. *(Sube al fondo.)*

SEÑOR COSME.—*(Le da la mano.)* Corroboro.

ENCARNA.—Muchas gracias.

SEÑOR COSME.—Conque a pedir tu manita, ¿eh?

ENCARNA.—Sí, señor. Ya están ahí. Voy a arregiarme un poco. *(Vase por la segunda izquierda.)*

AQUILINO.—*(Desde la puerta.)* ¡Camará, vienen el padre y el hijo que echan humo de elegancia!

ESCENA VIII

SEÑOR HILARIO, AQUILINO, SEÑOR COSME, SEÑOR BERNABÉ y PACO, por el foro izquierda.

SEÑOR BERNABÉ.—*(Desde la puerta, quitándose el sombrero.)* ¡Viva cuarenta mil años too lo que se acobija en este disainguido lavadero!

SEÑOR HILARIO.—Y tú que lo veas, so tumbón.

SEÑOR BERNABÉ.—¡Hilario! *(Avanzando.)*

SEÑOR HILARIO.—¡Bernabé! *(Se abrazan.)*

SEÑOR BERNABÉ.—*(Estrechándoles la mano.)* Adiós, Cosme... ¡Hola, munícipe!

AQUILINO.—Salú, varilarguero.

SEÑOR COSME.—¿Y el chico?

PACO.—*(Que aparece en la puerta y sin avanzar.)* ¡Señores, jovialidá y metálico! *(Quedan unos cuantos chicos y chicas, que le han seguido, a la puerta del lavadero.)*

SEÑOR BERNABÉ.—Ahí tenéis a esa aureola de la coleta.

SEÑOR HILARIO.—Pasa, fenómeno.

SEÑOR BERNABÉ.—No le llames fenómeno, por tu salú, que eso ya está mu desacreditao. Llámale compendio, estrépito, arrebato, ocecación... Lo que te dé la gana, que de todo tiene.

PACO.—Amos, padre, no me floree usté, que m'azaro.

SEÑOR BERNABÉ.—¿Que s'azara? Un hombre como un hastial, más guapo que yo, si cabe, astro naciente de la tauromaquia triunfante y más corto que un cablegrama. Pasa, derrumbamiento taurómaco. *(Le hace entrar, empujándole.)*

PACO.—Ceguera paterna. Ustés le disimulen. *(Dándoles la mano.)* Padrino, señores... *(Se saludan.)*

SEÑOR BERNABÉ.—*(A los chicos de la puerta.)* ¡Amos, niños! ¿Pero es que no habéis visto nunca una celebridá, hombre? Largarse d'aquí.

PACO.—Na, que salgo y un hormiguero de almiradores en mi pos. *(Aquilino sube y hace intención de sacar el sable; los chicos salen corriendo.)*

SEÑOR HILARIO.—Eso es la popularidaz.

PACO.—La popularidaz y la silueta.

SEÑOR BERNABÉ.—Ven que te vean. *(A Hilario.)* Qué, ¿te gusta la presentación? *(Queda en el centro; a su izquierda, Paco e Hilario.)*

SEÑOR HILARIO.—De primera. Vitola de matador de cinco mil. No le falta detalle. Roten, dije, habano...

PACO.—El sombrero es lo último. Cordobés; copa lisa, ala plana, tono plomo, y por dentro forro verde, Cabestreros dieciocho, Sombrerería, y un escudito que dice: «Omni soit qui mal y pense», que debe ser una cosa pal dolor de cabeza. *(Se lo pone.)*

AQUILINO.—Y buen ternito, mi amigo.

SEÑOR BERNABÉ.—Regalo de éste.

SEÑOR COSME.—Y te cae de primera. ¡Vaya un sastre!

PACO.—Sastre y que tengo un cuerpo que no debía decirlo; pero a mí, por no sentarme mal, ni los calamares en tinta.

SEÑOR BERNABÉ.—Hemos elegido el tono chocolate. No sé si te gustará.

SEÑOR HILARIO.—Es muy señorito.

PACO.—Señorito, y que como usté dijo que fuese un traje pa por las mañanas, pues yo dije: pues pa por las mañanas, chocolate... Es sufrido y alegre. *(Da unos pasos.)*

SEÑOR BERNABÉ.—¡Ahí mi niño! ¡Qué suerte tien las mujeres! ¡Maldita sea!

SEÑOR COSME.—Cómo se nos cae la baba, amigo.

SEÑOR BERNABÉ.—Si no tengo otra cosa en el mundo. Es mi ceguera, mi chifladura, mi esperanza..., mi too... ¡Y es que lo vale! No es porque sea mi hijo.

PACO.—Bueno, y sabrán ustés que al remate el domingo se ciñe la mona aquí el tumbonazo este. *(Dando un golpe cariñoso a su padre.)*

SEÑOR HILARIO.—¡Hola! ¿Te has decidío al fin?

SEÑOR BERNABÉ.—Sí, la verdá. Quiero picar yo el primer toro que mate mi hijo en los Madriles

SEÑOR COSME.—¡Ole por los buenos picadores!

SEÑOR BERNABÉ.—Aunque estoy arrinconao, ya verán apretar en lo alto.

AQUILINO.—Y qué, ¿hay esperanzas de quedar bien, pollo?

PACO.—*(Riendo con cierto desdén.)* Padre, aquí el urbano pregunta que si hay esperanzas.

SEÑOR BERNABÉ.—*(Riendo.)* Ja, ja... Esperanzas y realidades y moños por el suelo y coletas mutiladas... El día que este espanto taurino despliegue el capote en el ruedo de Madrid, con las plumas de los Gallos se hace una almohada.

PACO.—Y con la asaúra de Belmonte, un endredón.

SEÑOR BERNABÉ.—Doy fe.

PACO.—Y estará feo que yo lo diga.

SEÑOR BERNABÉ.—A ti no te está feo na. *(Convencido.)*

PACO.—Ya lo sé. Es un decir. ¿Pero cuáles son las tres promesas del porvenir aztual taurino? Examinemos: Antonio Rioja «el Confeti» ¿Me pue hacer a mí sombra «el Confeti»?

SEÑOR BERNABÉ.—Muy poquita.

PACO.—Descontao. Casildo Peña, «Sorbete».

SEÑOR HILARIO.—Hombre; ése es un torero concienzudo.

PACO.—Es un torero concienzudo, pero frío; eso no me lo niega a mí nadie.

SEÑOR BERNABÉ.—Descuenta el «Sorbete».

PACO.—Descontao. Felipe Canales, «Chaparrón». ¿Estira los brazos como yo? ¿Empapa como yo?

SEÑOR BERNABÉ.—¡Qué va a empapar el «Chaparrón»!

PACO.—Descontao.

SEÑOR BERNABÉ.—En cambio, éste tiene de toos los clásicos.

PACO.—Soy un puz purri.

SEÑOR BERNABÉ.—Es Lagartijo, por el estilo.

PACO.—Mejorao.

SEÑOR BERNABÉ.—Frascuelo, por la valentía.

PACO.—Cientuplicada.

SEÑOR BERNABÉ.—Guerrita, por la elegancia.

PACO.—Que ya quisiera...

SEÑOR BERNABÉ.—Espartero, por el valor.

PACO.—¡Chiss!... *(Gesto de resignación.)*

SEÑOR BERNABÉ.—Gordito, por la figura, y Carancha, por el aire.

PACO.—Hombre, padre, por el aire no quisiera yo parecerme a nadie.

SEÑOR BERNABÉ.—No me refiero al amosférico. En fin, que sus diga Hilario la tarde que le vió torear en Morata de Tajuña, ¿te acuerdas?

SEÑOR HILARIO.—Y eso que aquella tarde no te acompañó la fortuna.

PACO.—¡La Guardia Civil!

SEÑOR HILARIO.—En fin, lo que tú eres lo verá el

domingo la afición. Conque ahora a lo que estamos.

SEÑOR BERNABÉ.—*(Adoptando un tono solemne.)* Pues a lo que estamos, Hilario, es que vengo con toda solemnidá a solicitar de ti pa esta memez taurina la mano de ese manojito de claveles que Dios te ha dao por vástaga.

SEÑOR HILARIO.—Pues yo, al llegar este momento, que me emociona como na en el mundo, te digo que te doy la mano de mi hija y mi corazón y un abrazo.

PACO.—Gracias, padrino.

SEÑOR BERNABÉ.—¡Bendita sea tu alma buena! *(Se abrazan.)*

AQUILINO.—¡Qué tríztico!

SEÑOR COSME.—¡Patético!

SEÑOR HILARIO.—Y ahora, una sospresa que os preparo.

SEÑOR BERNABÉ.—¿Qué sospresa?

SEÑOR HILARIO.—Silencio. *(Coloca tres sillas a la derecha.)* Siéntate aquí. *(Le sienta en la del centro.)*

PACO.—¿Me van a afeitar?

SEÑOR HILARIO.—*(A Señor Bernabé.)* Tú a su diestra. Y vosotros, venir conmigo.

SEÑOR BERNABÉ.—Pero ¿qué es esto?

ESCENA IX

DICHOS y todos los que se indican en la escena.

Música.

SEÑOR HILARIO.

Ha llegao el momento.
(Va a la puerta segunda izquierda.)
Sal aquí, hija mía,

que Paco te espera;
que aguardamos toos.
(Sale Encarna.)
Que quiere tu padre
darte una alegría.
(La lleva donde está Paco.)
Siéntate a su vera,
juntitos los dos.

ENCARNA.

¡Mi Paco!

PACO.—*(Se levanta.)*

¡Mi Encarna!

SEÑOR BERNABÉ.

¡Cachito de cielo!

ENCARNA.

Pero bueno, padre,
¿qué piensa usté hacer?

SEÑOR COSME.

Pues una película.

SEÑOR BERNABÉ.

Cállese el agüelo.

SEÑOR HILARIO. *(A Paco.)*

Repara qué cromo
llevas por mujer.

PACO.

Chula más barbiana
yo nunca la vi,
ni ha venío al mundo
otra más juncal,
desde Mataderos
hasta Chamberí,
bien por Hortaleza,
bien por Fuencarral.
Y ese cuerpecito

sólo es para mí,
porque me lo gano
con el corazón.
¡Ay del que se atreva
a mirarte a ti
sin consentimiento
de este chulapón!

ENCARNA.

Pues tú eres, Paco, el torero
en quien tu Encarna se mira.

PACO.

Y tú eres, negra, la chula
por quien tu Paco suspira.

LOS DOS.

Si no estuviera delante
toa la gente que hay aquí,
te diría { mi chulapo / mi chulapa }
lo que siento yo por ti.

SEÑOR HILARIO.

Atención.
Que ahora llegan los momentos
de mayor espeztación.

TODOS.

¡Qué emoción!

Hablado, con música

SEÑOR HILARIO.—*(En la segunda izquierda.)* Valentina, venga pa alante la cabalgata con toda su debida solemnidá.

VALENTINA.—Allá vamos. Desenvaine, munícipe. Toque la música.

AQUILINO.—Abran paso, que viene la fuerza armá. *(Van saliendo todos en dos filas. Delante el*

municipal, como despejando. Luego, la charanga; después, dos lavanderitas con una caja descubierta, en la que llevan un mantón de Manila; detrás otras tres mozas, una que lleva el capote colgado en un palo y las otras dos que lo sostienen abierto por las puntas. Detrás gente con faroles de colores, banderolas, botas de vino colgadas en palos, etcétera, etc. Mucha alegría y animación. Josefa y Sole salen por el fondo y se ponen a lavar.)

SEÑOR CECILIO.—*(Al salir.)* Marcha torera original de Cecilio Asquerino Bangüey, director de la Sinfónica Asqueriana de Cabestreros, que tiene el honor de dedicársela al Chico de las Peñuelas en el día de hoy y personas que le acompañen. Titulao «Entra por derecho». ¡A una, profesores! *(Tocan. La comitiva desfila.)*

Cantado.

SEÑOR HILARIO.—*(Adelantando.)*
Este mantón, hija mía,
tu padre te lo regala
pa que te vistas de gala
la tarde de la corría.
Del palco en el antepecho
lo tiendes pa que él lo vea,
y de seguro torea
como en su vida lo ha hecho.

ENCARNA.
Es precioso y too lleno de flores.

TODAS.
En tu cara las ties tú mejores.

ENCARNA.
Cuántas veces con él soñé yo.

SEÑOR BERNABÉ.
Pues, mujer, anda ya, póntelo.
(Se lo pone.)

ENCARNA.

Con este mantón de flecos
todo llenito de flores,
iré yo a ver la corría
donde Paco hará primores.
Con él iré a la Paloma
pa unirme con el que quiero;
con él iré a las kremeses
cogida de su bracero.
Que envuelta una madrileña
con sus flecos y sus flores
le parece hasta pequeña
la calle de Embajadores.
Y a los hombres que me miran
y cuando paso, suspiran,
voy diciendo sin querer:
«¡Pa mi novio yo he de ser!»

TODOS.

Que envuelta una madrileña,
etc., etc.

SEÑOR HILARIO.—*(Ofreciendo el capote a Paco.)*

Toma ahora tú, torerazo,
un capote de paseo.
Si no te parece feo,
dame después un abrazo.
Póntelo con chulería,
porque tengo yo el empeño
de que un diestro madrileño
venza a los de Andalucía.

PACO.

¡Ay, padrino, me deja usté helao!

TODOS.

Qué capote que le ha regalao.

PACO.

Con él puesto me haré una postal.

SEÑOR BERNABÉ.
Póntelo, torerazo inmortal.
(Se lo pone.)

ENCARNA.
Parece que ya le veo
ceñido y envuelto en él,
y sale a hacer el paso
y es pequeño el redondel.

TODOS.
Parece que ya le veo
ceñido y envuelto en él,
y sale a hacer el paseo
y es pequeño el redondel,
etc., etc.
¡Olé ya
por las chulapas de verdá!
Míralo,
que ni Belmonte le igualó.
¡Lo digo yo!
(Voces, aplausos, alegría, algazara.)

Hablado.

TODOS.—*(Con mucha alegría.)* ¡Olé!..., ¡bien!..., ¡bravo!... *(Aplausos, risas, algazara.)*

SEÑOR BERNABÉ.—¡Qué bueno eres, Hilario!... *(Con entusiasmo.)* Déjame que te incruste mi gratitú en una mejilla. *(Le da un beso. Todos ríen.)*

SEÑOR HILARIO.—*(Limpiándose la cara y rechazándole con cómica indignación.)* Amos, tonto.

SEÑOR BERNABÉ.—¡Que sí, señor; que esta felicidad, el pan, el porvenir, hasta la ropa, too se lo debemos a este hombre!

PACO.—*(Con entusiasmo, abrazando a Encarna.)* ¡Ay señor Hilario, qué favor me hizo usté a mí también, de acuerdo con su señora, el día que se les ocurrió esta tontería!

SEÑOR BERNABÉ.—*(A Valentina.)* ¿Pues y tú?...

Ven acá..., diosa del Manzanares, que lo que has hecho tú por nosotros no te lo pago yo ni andando a gatas. *(Al Señor Hilario.)* ¿Me permites que la dé un abrazo?

SEÑOR HILARIO.—Y cuarenta.

VALENTINA.—Amos, no seas pegajoso.

PACO.—*(Riendo.)* A ver si se va a enfadar el señor Hilario, padre.

SEÑOR BERNABÉ.—¿Enfadao éste?... Dentro de un rato.

PACO.—Tendría yo gana de verle a usté un día enfadao, hombre.

SEÑOR HILARIO.—*(Riendo también.)* Pos mira, pue que me veas. Y que soy un tigre cuando me enfado.

VALENTINA.—Como que muerde.

SEÑOR HILARIO.—*(Cariñosamente.)* A ti.

SINFO.—¡Bueno, señores, a bailar, a bailar!...

TODOS.—¡Eso, eso!...

PANOLI.—Amos ahí fuera al aire libre.

TODOS.—Sí, sí.

SEÑOR HILARIO.—Señor Cecilio, toque usté lo que quieran.

SEÑOR BERNABÉ.—*(A Valentina.)* Y tú y yo vamos a romper la marcha. Con tu permiso. *(Al Señor Hilario.)*

SEÑOR HILARIO.—Anda con ella.

VALENTINA.—Doy dos vueltas y vengo por ti..., que aquí el socio es la fama en chotis.

SEÑOR HILARIO.—Aquí t'aguardo. *(Van saliendo algunos por el tendedero.)*

PACO.—*(Subiendo con todos.)* ¡Pero señá Josefa!... No había reparao. Amos, suelte usté la pala y venga usté a divertirse.

JOSEFA.—¿Y quién me va a lavar la ropa, el obispo?

PACO.—¡El obispo!... ¡Tendría gracia el obispo dando jabón! *(Risas generales.)*

ENCARNA.—Al menos deje usté a la Sole que venga.

SOLE.—Sí, madre, déjeme usté que vaya a echar un tuesten.

JOSEFA.—Si sueltas la pala, t'amargo.

VALENTINA.—Dejarla, no la pague con la criatura.

PACO.—Señora, es usté menos animada que un callejón sin salida.

VALENTINA.—Y que lo jures.

PACO.—¿Quién ustés que le haga un chiste lavandero?

TODOS.—Sí, sí.

PACO.—A esta mujer no hay quien la saque de pila: *(Muerto de risa por su supuesta gracia.)* ¡Ja, ja, ja!

UNO.—¡Precioso!

TODOS.—¡Muy bien, bravo! *(Hacen mutis por el tendedero.)*

SOLE.—Un día que están toos tan contentos...

JOSEFA.—¿Y qué tenemos nosotras que ver con la alegría de nadie? A trabajar. *(Siguen lavando. Señor Hilario, Aquilino y Cosme, al quedarse solos, se sientan alrededor de la mesa y se sirven unas copas de vino; beben y fuman puros que les da el Señor Hilario. Se oye fuera la murga y jaleo de baile bastante lejano para que no interrumpa el diálogo.)*

AQUILINO.—¡Qué feliz eres, Hilario!

SEÑOR HILARIO.—No lo sabes bien, Aquilino. Tu pecho municipal y cariñoso no pue abarcar esta felicidad que me embriaga. Porque veo a mi hija dichosa; a la mujer que quiero, feliz; a mis amigos, contentos; oigo esa música, ese barullo, que es como el ruido de esta alegría interior que me corre por dentro y reflexiono y me digo: este bien que gozo es el fruto de mi vida, de mis afanes; too ganao con lágrimas y con horas de trabajo. ¡Qué mayor dicha pa un hombre de bien! ¡Bendito sea Dios que me la concede!

AQUILINO.—Porque te la mereces.

COSME.—¡A tu salú!

AQUILINO.—¡Vaya!

SEÑOR HILARIO.—¡A la vuestra! *(Chocan las copas y beben.)*

ESCENA X

DICHOS y DIMAS (cartero), saliendo por el foro izquierda.

DIMAS.—Buenos días.
SEÑOR HILARIO.—Hola, Dimas.
SEÑOR COSME.—Hombre, el cartero.
AQUILINO.—Adiós, paloma mensajera.
SEÑOR HILARIO.—¿Un chupito?
DIMAS.—Se acepta y se agradece, que ya va haciendo mucha calor. *(Bebe.)*
JOSEFA.—*(A la chica.)* Amonos. *(Mirando con temor al Cartero.)*
SOLE.—Pero...
JOSEFA.—Amonos. *(Vanse por el foro izquierda.)*
SEÑOR HILARIO.—¿Y qué te trae por este domicilio?
DIMAS.—Que tie usté carta. *(Busca en el paquete.)*
SEÑOR HILARIO.—Hombre, ¿quién se acordará de mí? Toma la perra. *(Se levanta para dársela.)*
DIMAS.—No paga, es del interior. *(Se la da.)* Vaya, hasta otra, señores. *(Vase por el foro.)*
SEÑOR HILARIO.—Anda con Dios, hombre. ¿Quién me escribirá a mí del casco y a esta casa? Oye, y es letra de máquina.
AQUILINO.—Algún amigo.
SEÑOR HILARIO.—Yo amigos con máquina..., no m'acuerdo. Veamos. *(Se sienta, rompe el sobre y empieza a leer. A poco palidece, se demuda, tiembla, se levanta, se sienta, se pasa la mano por la cara con angustia.)*
AQUILINO.—*(Alarmado.)* ¿Qué te pasa?
HILARIO.—*(Con voz trémula.)* ¡Ay Aquilino!...
SEÑOR COSME.—Oye, ¿pero qué tienes? *(Hilario se pone en pie.)*
SEÑOR HILARIO.—Dame un..., dame un poco de agua, haz el favor.

AQUILINO.—¡Pero te has quedao blanco! *(El Señor Hilario vuelve a leer.)*

SEÑOR COSME.—*(Muy alarmado.)* ¿Qué te dicen?

AQUILINO.—¿De quién es esa carta?

SEÑOR HILARIO.—Pues esta carta..., yo no..., no sé... si... *(Vuelve a mirarla.)*, esto no..., ¡mi madre! *(Cae sentado.)* No es carta, ¿sabes?; es...

AQUILINO.—¿No trae firma?

SEÑOR HILARIO.—Ni fecha ni na.

SEÑOR COSME.—¿Un anónimo?

SEÑOR HILARIO.—Sí; un anónimo..., una puñalá... *(Con ira creciente.)* Esto es una infamia..., pero amos..., pero me ha dejao que yo no sé qué tengo... *(Se pasa la mano por la cara con angustia.)*

AQUILINO.—¿Pero qué dice? Venga ya, hombre.

SEÑOR HILARIO.—Toma, lee...

AQUILINO.—*(Lee.)* ¡Recontra!..., ¡oye!..., ¡mi madre! Bueno, esto es una asquerosidad; de esto no hay que hacer caso. *(Con la carta hecha un rebuño da un puñetazo sobre la mesa.)*

SEÑOR HILARIO.—No, sí, claro..., pero cuando hay quien te diga esas cosas y ves en lo que te dicen algo que...

AQUILINO.—Oye tú, repónte, que te va a dar una alferecía. Mia cómo tiembla.

SEÑOR COSME.—¿Pero qué dice ese papel, releñe? ¡Leer alto! *(Cesa de tocar la murga.)*

AQUILINO.—Casi na. Atiende. *(Lee.)* «Amigo Hilario: Una persona que le quiere bien...»

SEÑOR COSME.—Mal.

AQUILINO.—«Aunque usté no se lo merece, le avisa de que la Valentina que le pinta a usté otra cosa, porque vale pa ello, está liada...»

SEÑOR COSME.—¡Rechufa!

AQUILINO.—«Está liada desde antes de quedarse viuda de su primer marido, u lo que fuese..., con el señor Bernabé el picador, carne y uña, como usté recordará, de aquel pobre hombre.»

SEÑOR COSME.—¡La panocha!

AQUILINO.—«Y de ahí el meter en su casa de usté al citao Bernabé, así como al hijo que ha en-

gatusao a la Encarna. Y van toos a una a comérsele a usté su honrao sudor. Reflexione en todo y no haga el primo. Se lo avisa quien bien le quiere.» *(Vuelve a oírse la murga.)*

SEÑOR COSME.—¡Mi madre!..., ¡pues es una misivita!

SEÑOR HILARIO.—*(Saliendo de su profunda abstracción.)* ¡Maldita sea! *(Con amargura.)* ¿Habré tenío yo una venda en los ojos, Aquilino?... ¿Habré estao ciego?

AQUILINO.—¡Por Dios, Hilario, no desbarres, que esto es una infamia!

SEÑOR HILARIO.—¿Pero quién va a tener interés en hacerme peazos la felicidad de esta forma tan cruel y en un día como el de hoy, si yo no tengo enemigos?

SEÑOR COSME.—Eso no lo digas. Too el que es feliz los tiene. Hilario.

AQUILINO.—Esto es de algún envidioso, estoy seguro, que la envidia es lo más malo de este mundo.

SEÑOR HILARIO.—¿Pero qué me van a envidiar a mí, Aquilino?... ¿Un peazo e pan, un rincón de casa, una pizca de felicidá?...

AQUILINO.—El envidioso no repara en más o en menos..., quitarte el bien que tengas, poco o mucho, grande o chico.

SEÑOR HILARIO.—No, Aquilino, no... No hay alma, por negra que sea, que se atreva sin motivo a hacer una cosa como ésta, cincuenta veces peor que un asesinato. *(Se levanta y va hacia la derecha.)*

AQUILINO.—Por Dios, Hilario, cálmate. *(Siguiéndole.)*

SEÑOR HILARIO.—Sí; quizá que habré estao ciego: que cuando quieres hay cosas que las ties delante de los ojos y no las ves hasta que te las dicen... La Valentina me trajo aquí a Bernabé. Eso no puedo negarlo.

AQUILINO.—¿Pero vas a dudar?...

SEÑOR HILARIO.—No es que dude; es decir las cosas como han pasao. Ella trajo a ese hombre y ella arregló lo de los chicos, y too se le hace

poco pa esa gente, ésta es la verdá..., ¡maldita sea!... Y si esto es una traición; si esto fuese una traición después de lo que yo he hecho por ellos, os juro por la sangre que tengo... *(Amenazador, avanza.)*

AQUILINO.—*(Conteniéndole.)* Hilario..., amos hombre, una meaja de aplomo, que tú no pues partir de ligero.

SEÑOR COSME.—*(Cortándole el paso.)* A más de que lo primero es cerciorarse; por lo tanto, lo que te conviene es fingir y...

SEÑOR HILARIO.—*(Vivamente.)* No, eso no..., fingir no; no tengo carácter pa ello. De que me serene pensaré lo que sea menester..., pero por de pronto, como tengo ya el corazón envenenao, me molesta esa música y esa alegría y ese barullo; conque vete a decirles a toos que se vayan.

AQUILINO.—Pero, hombre, ¿no comprendes...?

SEÑOR COSME.—Calla, ellos vienen. Aplomo, Hilario. *(Pasa al lado de Aquilino.)*

ESCENA XI

DICHOS, VALENTINA y SEÑOR BERNABÉ, del tendedero; vienen riendo..

SEÑOR BERNABÉ.—¡Ja, ja, ja!... Bueno, vais a hacernos el favor de asomar las narices pa vernos bailar la machicha brasileña.

VALENTINA.—Nos hemos llevao la palma... que se pue decir... Conque, pollo, andandito, que vengo por el chotis ofrecido.

SEÑOR HILARIO.—*(Secamente.)* Gracias, no tengo gana de na.

VALENTINA.—*(Fijándose en él y con asombro.)* Oye, ¿pero qué tienes? Estás blanco como el papel.

SEÑOR BERNABÉ.—*(Quedando repentinamente serio.)* Es verdá. ¿Qué te pasa, Hilario?

VALENTINA.—¿Te has puesto malo? *(Anhelante.)*

SEÑOR HILARIO.—No, no tengo na, gracias. *(La rechaza.)*

VALENTINA.—Pero esa voz..., ese tono... ¿Qué ha pasao aquí?

SEÑOR BERNABÉ.—Hilario, ¿has tenío algún disgusto?

SEÑOR HILARIO.—He dicho bien claro que no tengo na.

VALENTINA.—¿Pero qué ha sucedío?... ¡No estén ustés como dos pasmaos y hablen por lo que sea!...

AQUILINO.—Señora...

VALENTINA.—¿Qué tienes, Hilario?..., ¿qué tienes?... No me atormentes.

SEÑOR BERNABÉ.—Desembucha ya, hombre, que nos ties con el alma...

SEÑOR HILARIO.—He dicho que no me pasa nada, sino que too tie su fin y esta juerga es hora ya que se acabe.

VALENTINA.—Está bien; pero cuando too el mundo, y tú primero, estábamos tan contentos, ¿qué motivos tienes pa que así de repente?...

SEÑOR HILARIO.—Es mi voluntá. Llama a too el mundo y que se vayan.

VALENTINA.—¿Pero es que yo no tengo derecho a saber...?

SEÑOR HILARIO.—¡Tienes derecho! Pero una meaja de calma, que ya hablaremos tú y yo lo que sea menester hablar.

VALENTINA.—Está bien.

SEÑOR HILARIO.—Llama a mi hija. *(Valentina sube despacio hacia el fondo.)*

SEÑOR BERNABÉ.—Hilario, yo estoy que no sé lo que me pasa... Yo salía tan contento y de pronto te veo de una forma que... y comprenderás que..., amos, que necesito una explicación, porque esto...

SEÑOR HILARIO.—No tengo explicación que dar a nadie. Deseo quedarme solo con los míos. Creo que tengo derecho a hacer lo que quiera en mi casa.

SEÑOR BERNABÉ.—Sí, señor, ties derecho a hacer lo que quieras en tu casa; pero el que está en ella y no la ha agraviao, también tie derecho a saber por qué se le echa.

SEÑOR HILARIO.—Yo no te echo.

SEÑOR BERNABÉ.—No me dices que me vaya, pero me señalas la puerta; conque verde y con asas... Y yo no salgo de aquí sin una explicación, Hilario.

SEÑOR HILARIO.—*(Agresivo.)* Y a mí no me paece éste el momento de dártela. ¿Qué hay?

VALENTINA.—¡Por Dios! *(Le contienen entre los tres.)*

SEÑOR BERNABÉ.—*(Con fría calma.)* Nada, nada. No te acalores. Me has hecho mucho bien para que me se olvide en cinco minutos. No sé qué es esto; algo pasa, y algo muy grave. Tú me lo dirás hoy, mañana, cuando sea. Pero escucha, Hilario: hoy, mañana, cuando sea, yo no te daré más que una respuesta, una... Que si me hacen cachitos el corazón, aquí dentro no encontrarán más que lealtad y gratitú pa esta casa. Y ahora me voy por mi hijo.

ESCENA XII

DICHOS, PACO, ENCARNA, SEÑOR CECILIO, los MURGUISTAS, LAVANDERAS, VECINAS, VECINOS, TODOS. JOSEFA y SOLE vuelven a salir, colocándose en su puesto en la pila. PACO y ENCARNA salen delante, riendo y bromeando.

PACO.—Padre, salimos con murga y too, porque queremos que vean ustés bailar al tío Pelele el... *(Viene con Encarna a primer término derecha.)*

SEÑOR BERNABÉ.—*(Gravemente.)* Cállate, Paco.

PACO.—¿Qué?

SEÑOR BERNABÉ.—Paco.

PACO.—¿Qué pasa? *(Mirándolos a todos.)* ¡Oye,

pero qué caras!... *(La gente queda parada en segundo término al fondo.)*

ENCARNA.—Es verdá. ¿Qué sucede?... ¿Qué es esto? ¡Toos tan serios!...

PACO.—*(Riendo locamente.)* ¡Ja, ja, ja!... Calla, que ya caigo. ¡Tie gracia! Como antes le he dicho a tu padre que tenía gana de verlo serio, pues nos han preparao esa guasa para... ¡Ja, ja, ja!

ENCARNA.—Es verdá..., ¡ja, ja, ja!, y qué bien lo hacen

PACO.—*(Cariñosamente.)* Y mia cómo s'han quedao: paecen unas feguras de celoloide.

SEÑOR BERNABÉ.—Paco, que no es chufla.

PACO.—Quite usté d'ahí, so cómplice. Y mia el municipal; paece la careta de Dato..., ¡ja, ja, ja! *(Ríe.)*

SEÑOR BERNABÉ.—Paco, por la memoria de tu madre que es en serio.

PACO.—*(Aterrado.)* ¿Qué?

SEÑOR BERNABÉ.—Que es en serio, por tu salú.

PACO.—¡Rediez!

ENCARNA.—*(Temblorosa.)* ¿Pero es verdá?

SEÑOR BERNABÉ.—Coge el sombrero y el bastón.

PACO.—¿Pa qué?

SEÑOR BERNABÉ.—Coge el sombrero y el bastón, que nos vamos.

PACO.—¿Adónde?

SEÑOR BERNABÉ.—A la calle.

PACO.—Pero ¿y el arroz?

SEÑOR BERNABÉ.—Se nos ha pegao. *(Paco coge su sombrero y su bastón.)*

ENCARNA.—¿Pero qué dicen?...; ¿pero es de veras esto, Valentina? *(Yendo a su lado.)*

SEÑOR HILARIO.—*(Atrayéndola hacia sí.)* Es de veras. Tú, aquí, conmigo. *(A todos.)* Y ustés, señores, esto se ha arrematao; gracias por too y hasta otra. *(Se van marchando todos poco a poco y en silencio, quedando en las puertas sin desaparecer.)* Señor Cecilio, puen ustés retirarse.

SEÑOR CECILIO.—¿Repito el pasacalle pal desfile?

AQUILINO.—Desfile sin repetir na, haga el ose-

quio. *(Vanse los Murguistas. Josefa y Sole vuelven a ponerse a lavar, en silencio, sin ruido.)*

PACO.—Pero, padre, ¿qué es esto?..., ¿por qué nos vamos?, ¿por qué nos echan?

SEÑOR BERNABÉ.—No te lo puedo decir.

PACO.—¿Pero es que le he faltao yo a alguien en algo? Al que le haiga yo faltao en lo más diminuto, que me haga el osequio de levantar el dedo u lo que tenga humor de levantar. *(A Hilario.)* ¿Le he faltao yo a usté? *(Pasando a su lado.)*

SEÑOR HILARIO.—*(Con desabrimiento.)* A mí, no.

PACO.—¿A quién le he faltao yo?... Señor Aquilino, usté que es autoridá, ¿le he faltao yo a usté en algo?

SEÑOR BERNABÉ.—Tú no has faltao a nadie, hijo mío.

PACO.—Entonces ha sío usté..., porque de no haber sido yo, tie usté que haber sido...

SEÑOR BERNABÉ.—¿Pero es que dudas de mí?

PACO.—¿Qué ha hecho usté pa que nos echen?... ¿Qué ha hecho usté pa destrozarme la felicidad? ¿Qué ha hecho usté, padre?

SEÑOR BERNABÉ.—¿Que qué he hecho yo?... Quererte con toa mi alma, y cuando nos creíamos más dichosos, salgo y me dicen que nos vayamos; pido explicaciones y no me las dan y quiero exigirlas porque me sobran agallas; pero me acuerdo que hasta la ropa que llevas se la debemos a este hombre y me repudro y me achanto y me voy a la calle. No puedo hacer más, es decir, no puedo hacer menos. ¡Vámonos, hijo! *(Coge su sombrero.)*

PACO.—¿Pero es que llora usté?... Caray, porque eso no. Que antes de que se le caiga a usté una lágrima, me desnudo yo aquí mismo y dejo la ropa y el corazón y lo que sea menester dejar.

SEÑOR BERNABÉ.—Amonos.

PACO.—Sí, señor.

ENCARNA.—¡Paco!... *(Suplicante.)*

PACO.—Es la primera vez que le veo llorar y mi padre no... ¡A la calle!

SEÑOR BERNABÉ.—Y coste que me voy con la frente muy alta.

PACO.—Y si quie usté, pa que la lleve más alta le saco yo a usté en brazos.

SEÑOR BERNABÉ.—Quedar con Dios.

PACO.—Buenos días. *(Vanse abrazados por el foro izquierda.)*

ENCARNA.—¿Pero qué es esto, padre? Hable usté... Si estoy que me muero... Si esto no pue ser...; tanta felicidá y de repente..., ¿qué ha pasao por esta casa, Valentina, qué ha pasao? *(Yendo a su lado.)*

VALENTINA.—¡Yo no lo sé, Encarna, no lo sé; estoy como loca!...; pero me da el corazón que por esta casa..., ¡por esta casa ha pasao la envidia!

ENCARNA.—*(Aterrada.)* ¡La envidia!

SOLE.—*(Aterrada.)* ¡Madre!

JOSEFA.—¡Silencio! *(Cuadro. Telón rápido.)*

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Gabinete humildísimo en casa del Señor Bernabé. En la pared del foro, dos balconcitos con puertas vidrieras y cortinas por dentro. A la izquierda, la puerta de entrada al piso, con mirilla, cerradura y llamador de hierro que sonará cuando se indique. En los laterales derecha, dos puertas que dan acceso a habitaciones interiores. Entre ambas, una silla con el chaleco, chaquetilla, montera y capote de paseo de Paco. Mobiliario: un sofá en el foro izquierda y unas cuantas sillas de anea. Una cómoda vieja entre los dos balcones, y sobre ella varios retratos deslucidos. En la pared, una cabeza de toro disecada. Números de *La Lidia,* pegados por distintos sitios. En

el centro de la habitación, hacia la izquierda, una camilla con un tapete de hule. Encima, una botella de barro y un vaso. Es de día.

ESCENA PRIMERA

SEÑÁ RITA y el TÍO PELELE. Al levantarse el telón, nadie en escena. Sale RITA por la segunda derecha, con un lío de capotes y dos estoques de matar, que deja sobre el sofá. Llaman a la puerta.

SEÑÁ RITA.—Ya voy, ya voy. *(Abre.)* Alante.

TÍO PELELE.—*(Con traje de fiesta.)* Buenas las tenga usté, señá Rita.

SEÑÁ RITA.—*(De mal talante.)* Regulares las quisiera, hijo.

TÍO PELELE.—*(Quitándose el sombrero.)* Yo, como es la costumbre... ¿Y su hermano de usté y su sobrino?

SEÑÁ RITA.—Ahí están, empezando a vestirse pa la corrida.

TÍO PELELE.—Pos un servidor, como le ofrecí a Paco de hacerle de mozo de estoques, pos venía pa ello.

SEÑÁ RITA.—¡Usté de mozo!... Bueno, asiéntese usté. *(Le da una silla.)*

TÍO PELELE.—S'agradece. *(Se sienta a la izquierda de la camilla. Con gran interés y bajando un poco la voz.)* ¿Y qué, los ánimos andarán mu caídos por esta casa?

SEÑÁ RITA.—Ni quia usté saber; con eso de no haber sabío de la Encarna en tres días que van del desgusto, pos el chico está que su alma se la arrancan. *(Queda en pie a la derecha.)*

TÍO PELELE.—¡Con tantas ilusiones y too pol suelo en media hora!

SEÑÁ RITA.—Un asco de mundo. ¡Pos la señá Valentina, la pobre, también estará pa que la pidan una fábula!

TÍO PELELE.—¿La señá Valentina?... Más serena

que usté y que yo. ¡Eso es una mujer! Del seso femenino no se encorambra con más agallas.

SEÑÁ RITA.—¿Pero no se l'ha venío el mundo encima?

TÍO PELELE.—Se le ha venío el mundo encima; pero ella lo ha apartao y ha seguido pa alante. Amos, eso hay que verlo. Misté, de que supo por boca del mismo señor Hilario que estaba acusá de mantener relaciones inlícitas con su hermano de usté, que fué y no le dijo más que esta cosa lacónica: «Ah, ¿pero era eso?». «Eso.» «¿Y has dudado de mí?» «Y dudo», le refutó él. Y fué ella, se quedó un poco amarilla, levantó asi la cabeza con orgullo, miró al señor Hilario de hito en hito, porrumpió en una carcajada consistente en ¡ja, ja, ja!, agarró sus cuatro trapitos y echó a andar calle alante, tranquila y serena.

SEÑÁ RITA.—Amos, mia que ese tío loco. ¡Dejarse marchar a una mujer como la Valentina!

TÍO PELELE.—*(Dando un puñetazo en la mesa y poniéndose en pie.)* Y quedarse con la perra de la Josefa, que dende el desgusto es la que lleva el remo de la casa. Y pa mí que ella es la del anónimo..., y la causanta de too...

SEÑÁ RITA.—Pero qué me va usté a contar, hijo, si la tengo conocida de chica, que íbamos juntas a la escuela y siempre estaba castigá de envidiosa que era. Que vamos, un día, pa que se vea lo que son las presonas desde pequeñas, fué y tenía yo una verruga aquí may señalao. *(En la mejilla.)*, que decían toos que me hacía muchísima gracia, y fué ella y pa que no la tuviese, me la quemó con una cosa negra que le dicen nitrato, que me hizo ver las estrellas; que yo no la he vuelto a tratar en mi vida desde entonces.

TÍO PELELE.—Pero, señora, si su segundo marido tuvo que retirarse de con ella y se fué a Buenos Aires por no matarla. Y su primer marido no digamos, que ahí lo tie usté vivo y sano, que es el señor Antonio el cañamonero, que cuando habla de ella hay que taparse los oídos con hidrófilo.

SEÑÁ RITA.—Pero oiga usté, ¿cuántos maridos le viven?

TÍO PELELE.—Bueno, digo maridos, porque de alguna manera hay que llamarle en sociedad a cierta clase de ñudos.

SEÑÁ RITA.—Sí, ñudos, ñudos... corredizos *(Llaman.)*

TÍO PELELE.—¿Quién será?

SEÑÁ RITA.—Voy a ver. *(Abre.)*

ESCENA II

DICHOS y SEÑOR TOBÍAS. Es un tipo de tabernero rico, vestido de fiesta. Cadena de oro muy gruesa, sombrero ancho, puro en la boca y un palasán muy gordo, con bola de hierro.

SEÑÁ RITA.—Pasa, Tobías.

SEÑOR TOBÍAS.—*(Entra y da un golpe en el suelo con el bastón.)* ¡La panocha, qué cochino mundo! Amos, que si no lo viese uno

SEÑÁ RITA.—¿Qué te pasa?

SEÑOR TOBÍAS.—Dile a Bernabé que salga, maldita sea la liendre, que un asesinato de esa forma no lo consiente mi cuerpo.

SEÑÁ RITA.—¿Pero qué estás diciendo?

SEÑOR TOBÍAS.—Que a ese tío le pego yo un tiro en la sien, apuntarlo. Que cuando se es amigo de un diestro se es amigo y no se debe consentir que se le menoscabe ni se le atropelle.

SEÑÁ RITA.—Bueno, pero...

SEÑOR TOBÍAS.—¡Ladrones!... ¡Qué proceder con un debutante! Ahora, que no se han fijao en mi punto de apoyo y yo escalabro a uno. *(Mirando a la garrota.)* Hoy ejerces.

SEÑÁ RITA.—Pero...

SEÑOR TOBÍAS.—Que salga tu hermanito, hale...

SEÑÁ RITA.—Es que está en calzoncillos.

SEÑOR TOBÍAS.—Mejor. Pa lo que le voy a decir,

sobra; porque Paco no torea esta tarde. Eso, firmao.

SEÑÁ RITA.—¿Qué dices?

SEÑOR TOBÍAS.—Lo dicho. Hale, que es urgente.

SEÑÁ RITA.—Voy, voy. *(Vase por la primera derecha.)*

TÍO PELELE.—¿Pero es que ocurre algo?

SEÑOR TOBIAS.—*(Que pasea agitado.)* ¡Qué granuja! ¡Maldita sea la liendre!

TÍO PELELE.—Tome usté asiento.

SEÑOR TOBÍAS.—No quiero. *(Al Tío Pelele.)* No es a usté. No quiero, no quiero y no quiero consentir una infamia como ésa. ¡Abortarnos un torero de esta manitú! ¡Canallas!... ¿De dónde?... Aquí está mi cuerpo pa que no. Hoy ejerces. *(Blande la estaca.)*

ESCENA III

DICHOS y SEÑOR BERNABÉ. Sale por la primera derecha con el calzón de picador ya puesto y una americana de casa.

SEÑOR BERNABÉ.—Hombre, Tobías.

SEÑOR TOBÍAS.—Hola. Hagan el favor. *(Indica que se vayan la Señá Rita y el Tío Pelele.)*

SEÑOR BERNABÉ.—Chico, dispensa. pero nos estamos vistiendo, porque son las dos, y la cuadrilla... *(Vanse la Señá Rita y el Tío Pelele, por la segunda derecha.)*

SEÑOR TOBÍAS.—*(Con misterio.)* Pues no sigas vistiéndote, Bernabé.

SEÑOR BERNABÉ.—*(Asustado.)* ¿Qué pasa?

SEÑOR TOBÍAS.—Que tú no sabes lo que os han fraguao pa esta tarde.

SEÑOR BERNABÉ.—¿Qué nos han fraguao?

SEÑOR TOBÍAS.—¡Una infamia horrible!

SEÑOR BERNABÉ.—¿Qué dices?

SEÑOR TOBÍAS.—Que quien machacarle a tu hijo el porvenir, pero eso no será... mientras a Tobías Peñasco le quede *(Accionando conforme habla.)*

un dedo de vergüenza, un palmo de dinidá y una vara de acebuche. *(Por el bastón.)* ¡Hoy ejerces!

SEÑOR BERNABÉ.—Bueno, pero dime pronto...

SEÑOR TOBÍAS.—Agárrate, que de pie no la aguantas.

SEÑOR BERNABÉ.—Venga.

SEÑOR TOBÍAS.—Bueno, pues que Hilario, que desde el desgusto que tuvisteis, está ciego contra vosotros, ha ido a decirle a don Isidro Solano, el empresario de Tetuán, que ya no tiene interés por Paco; y ese tío asqueroso que le debe más de nueve mil pesetas, oliéndose que si tu hijo queda mal esta tarde, el señor Hilario tendrá una gran alegría, ¿qué dirás que ha hecho el muy granuja?

SEÑOR BERNABÉ.—¿Qué ha hecho, Tobías? Porque yo ya estoy con un sobresalto en el corazón, que too me lo espero.

SEÑOR TOBÍAS.—Pues que a última hora, ha fijao un anuncio en el cartel diciendo que se le han estropeao tres toros, y en vez de los Bobadillas que tenía preparaos para Paco y el Herrerito, y que eran seis merengues de fresa, los ha sustituído por seis marrajos..., agárrate..., de Pérez Labulla.

SEÑOR BERNABÉ.—*(Aterrado.)* ¡Labullas! ¡Mi madre!

SEÑOR TOBÍAS.—Vengo de los corrales. Son seis mansos pregonaos, con más poder que un mercancías, y con unos cuernos que... ¿Tú has visto el palo ese de la telegrafía sin hilos que hay en San Fernando del Jarama? Pos un mondadientes en parangón.

SEÑOR BERNABÉ.—¡Pero eso es un asesinato!... ¡Labullas pa un prencipiante!... ¡Y en el estao de ánimo de ese chico!... *(Con indignación.)* ¡Canallas!... ¡Asesinos!

SEÑOR TOBÍAS.—Bernabé, Paco no debe torear esta tarde.

SEÑOR BERNABÉ.—Pero si no torea, ¿cómo queda, Tobías?

SEÑOR TOBÍAS.—Entero; pero como toree te lo

traes en un pañuelo de hierbas, que tú no has visto el ganao.

SEÑOR BERNABÉ.—¡Calla, por Dios!... ¡Ladrones!... ¡Infames! ¿Qué hago, qué hago, Tobías, qué hago?... Si torea tal como está Paco, un bueyacón de esos me lo pue mandar al hospital. Ya lo sé; pero si pone una excusa y no torea, pos se ve el miedo..., y vienen el descrédito, la burla y la miseria... ¿Qué hago, Tobías? ¿Qué hago?

SEÑOR TOBÍAS.—¡Qué sé yo, Bernabé, si tampoco sé qué decirte!... Ahora, que esta infamia que os hacen no la aguanta mi cuerpo y yo te garantizo que esta tarde va a haber una de cabezas vendás en la plaza e toros que va a parecer que la corrida se está dando en Aragón. *(A la estaca.)* Hoy ejerces. *(Se oye ruido de cascabeles. Sale por la segunda derecha el Tío Pelele y va a abrir.)*

SEÑOR BERNABÉ.—Calla, que ha parao un coche. *(Se asoma al balcón.)* Es la cuadrilla.

SEÑOR TOBÍAS.—Buenos vendrán los pobres chicos si han visto el ganado. *(Llaman.)*

TÍO PELELE.—*(Abriendo.)* Yo me voy a decírselo too a la señá Valentina. *(Entran los toreros y sale él, dejando la puerta abierta.)*

ESCENA IV

DICHOS, el ZIPILÍN, el VIGUDÍ y el TELARAÑA, con trajes de luces, capotes de paseo. Todo muy pobre y viejo. Entran con cara de pánico, temblorosos.

LOS TRES.—Buenas tardes.

SEÑOR BERNABÉ.—Hola, jóvenes!

ZIPILÍN.—¿Ya sabrá usté el cambiazo?

SEÑOR BERNABÉ.—Sí, hijo, sí Me lo ha dicho, aquí, el señor Tobías.

VIGUDÍ.—¡Nos echan Labullas!

SEÑOR BERNABÉ.—¿Y habéis visto el ganao?

VIGUDÍ.—¿Qué si le hemos visto? Seis enormidades corniveletas, señor Bernabé.

ZIPILÍN.—Esos bichos no se le echan a una cuadrilla debutanta, a menos que se esté conchabao con el trus funerario...

SEÑOR BERNABÉ.—Hombre, no será tanto...

TELARAÑA.—Ya los verá usté. ¡Qué cuernos!... Tiran un viaje y es con kilométrico. *(Indicando la dimensión del cuerno.)*

SEÑOR TOBÍAS.—¿Y cómo os habéis vestío tan pronto?

ZIPILÍN.—Por disfrutar un rato más de la ropa.

VIGUDÍ.—¡Nos van a desnudar en seguida!...

TELARAÑA.—Darme un cigarro..., yo no hago más que fumar. *(Bernabé le da un pitillo.)*

ZIPILÍN.—Con permiso... *(Se sirve agua. Tiembla la botella sobre el vaso.)* ¡Tengo una sequedá de boca!...

SEÑOR TOBÍAS.—¿Pero es que tiemblas?...

ZIPILÍN.—¿Pos qué creía usté, que repiqueteaba el tango argentino?

SEÑOR BERNABÉ.—¡Bueno, hijos; hay que tener ánimos!

VIGUDÍ.—No, si después de too, ¿qué me pue pasar a mí? Que R. I. P... Bueno, pero tengo una satisfacción, que no se alegrará nadie. No tengo amigos.

PACO.—*(Dentro.)* Padre...

SEÑOR BERNABÉ.—Por Dios santo, que no os vea Paco acoquinaos.

ZIPILÍN.—Sí; pero la verdá hay que decírsela.

SEÑOR TOBÍAS.—Bueno; pero de cierta manera.

ESCENA V

DICHOS y PACO, saliendo por la primera derecha; sale con la taleguilla puesta y la faja en la mano.

PACO.—Padre, hágame usté el favor de ayudarme a la faja.

SEÑOR BERNABÉ.—Sí, hijo mío.

SEÑOR TOBÍAS.—Hola, Paquillo.

PACO.—Adiós, señor Tobías. *(A la cuadrilla.)* Y vosotros, qué pronto...

ZIPILÍN.—*(Esforzándose por sonreír.)* Las ganas que tie uno de salir de...

SEÑOR TOBÍAS.—Y qué, ¿hay muchos ánimos, pollo?

PACO.—Pos ya ve usté; a cumplir. Ilusión..., alegría... Eso ya, después de lo pasao... Agarre usté, padre... *(Afectado.)*

SEÑOR TOBÍAS.—*(Aparte.)* ¡Se le nublan los ojos!)

SEÑOR BERNABÉ.—*(Idem.)* ¡Pobre hijo mío! *(Paco empieza a ajustarse la faja, que el Señor Bernabé sostiene en sus manos por el otro extremo.) (Alto, a Paco.)* Pues naa, Paco; aquí los chicos venían, sabes, a decirnos que..., vamos..., que hay unas pequeñas variantes en el cartel.

ZIPILÍN.—No tan pequeñas.

PACO.—*(Que ha dado dos vueltas liándose la faja, se detiene.)* ¿Qué variantes?

SEÑOR BERNABÉ.—Pues naa, que ya no toreas esta tarde seis Bobadillas.

PACO.—*(Sorprendido.)* ¿Que no toreo Bobadillas?

SEÑOR BERNABÉ.—No; los han sustituído por seis bichos de...

PACO.—¿De quién?

SEÑOR BERNABÉ.—De Pérez Labulla.

PACO.—*(Con terror.)* ¿Labulla?... ¿Yo Labullas?

SEÑOR BERNABÉ.—*(Con amargura.)* ¡Labullas!

PACO.—*(Se deslía.)* ¡Ay padre!... ¿Labullas a mí?...

ZIPILÍN.—¡A nosotros!... ¡Una infamia, Paco!

PACO.—¿Esa corrida que no ha querío torear nadie?

VIGUDÍ.—¡La mismísima!

PACO.—¿Esa que le llaman la del pa... pa..., la del papánico?...

TELARAÑA.—La propia.

PACO.—¡Pero, padre, echarme Labullas!... ¡Eso es darme una puñalá trapera!...

SEÑOR BERNABÉ.—Sí, hijo; es una infamia la que te hacen. No sirve negártelo..., pero es que quién

machacarte el porvenir. Reírse de nosotros..., vernos en la miseria, y eso, Paco, eso...

PACO.—Es verdá, es verdá, padre... Tie usté razón. ¡Pos no!... ¡Maldita sea! ¡No se ríen! *(Da tres vueltas en la faja y se detiene de pronto.)* ¿Y vosotros habéis visto el ganao?

ZIPILÍN.—Lo hemos visto.

PACO.—¿Y qué?

ZIPILÍN.—Que ajustamos el árnica en mil pesetas y pierde el farmacéutico.

PACO.—¿Que pierde?... *(Desliándose de la faja.)* ¡Ay padre, que dice que pierde!...

SEÑOR BERNABÉ.—No te apures, que allí estaré yo, apretando en lo alto; echando el corazón pa quitarles poder a esos bueyes ladrones...

SEÑOR TOBÍAS.—Piensa en tu pundonor, en el pan de este viejo.

PACO.—Sí, señor, sí; es verdá. *(Da dos vueltas.)* Sea lo que Dios quiera.

ZIPILÍN.—Lo malo es el primero que te echan. Un jabonero sucio.

PACO.—¿Sucio? *(Se detiene.)*

VIGUDÍ.—¡Una asquerosidad!

TELARAÑA.—Y disforme.

PACO.—¿Grande?

VIGUDÍ.—Un automóvil con dos chuzos.

PACO.—¿Dos chuzos? *(Se deslía.)* ¡Dice que dos chuzos, padre!...

SEÑOR TOBÍAS.—Paco, hay que estar sereno.

PACO.—¿Sereno con dos chuzos?... Es demasiado, señor Tobías... ¡Qué infamia!... El día de mi debut, a última hora echarme Labullas... y sabiendo cómo estoy... ¿Qué hago, padre, qué hago?...

SEÑOR BERNABÉ.—¡Qué voy a decirte, Paco!... Haz lo que quieras... Si fuera yo, yo ya sé lo que haría; pero yo no soy nada mío... ¡Tú, tú eres mi hijo!

PACO.—¡Pues no, no se ríen!..., ¡no!... ¡Quedaré como usté quedaría *(Dando vueltas rápidamente)*, como usté quedaría!... *(Al dar la última vuelta a la faja cae en brazos del Señor Bernabé.)*

¡Sí..., sí, señor!... Y si me matan, que me maten..., que me maten...

SEÑOR BERNABÉ.—¡Hijo mío!

PACO.—¡Padre!... *(Quedan abrazados.)*

VIGUDÍ.—¡Nos están dando el vermú! *(Conmovido.)*

TELARAÑA.—¡Pos sí que es un cuadrito!

ZIPILÍN.—¡Se me está poniendo el corazón que hoy no le pongo yo banderillas ni a un caracol! ¡Maldita sea!

ESCENA VI

DICHOS y VALENTINA; detrás, el TÍO PELELE; al final, la SEÑÁ RITA y AMIGOS 1.°, 2.° y 3.°, por la puerta izquierda. VALENTINA viene con mantón de Manila y un manojo de claveles en el pecho.

VALENTINA.—Buenas tardes.

PACO.—*(Asombrado.)* ¿Usté?

VALENTINA.—Servidora.

SEÑOR BERNABÉ.—¿Tú aquí?

VALENTINA.—Yo aquí, a daros ánimos, y luego a la corrida a aplaudiros. Sé lo que os han hecho. Me lo ha venío a decir el tío Pelele.

SEÑOR BERNABÉ.—¿Sabes la infamia?

VALENTINA.—Lo sé todo.

PACO.—*(Casi llorando.)* ¡Me echan Labullas, señá Valentina, Labullas a mí!...

VALENTINA.—No le hace. Que te echen lo que quieran. Tú eres un hombre y quedarás como un hombre.

SEÑOR BERNABÉ.—¡Pero, Valentina, qué has hecho!... ¿No ties miedo de lo que digan si saben que has venío a esta casa?

VALENTINA.—Déjalo... Si cuando hablan mal no dicen la verdá, que digan lo que quieran. Pos qué, ¿os iba yo a dejar solos, acoquinaos en una tarde como la de hoy, víctimas de una venganza asquerosa?... ¡En jamás! ¿No nos ha unío la infamia? Pos siquiera, que nos sirva esta unión pa

darnos aliento unos a otros y pelear juntos contra ella. ¡Conque arriba el ánimo!...

SEÑOR BERNABÉ.—¡Valentina!

VALENTINA.—¿Pero qué pasa aquí?... ¿A qué vienen esas caras de pánico?...

PACO.—Es que creo, señá Valentina, que los toros...

VALENTINA.—No hagas caso... ¿Que salen toros que pegan? Ese es el oficio. ¡Más grande el triunfo! Levanta el corazón pa que no te den en él y fe en Dios y en las agallas de caa uno. ¿No se juega esta tarde tu porvenir?... Pos a jugarlo.

ZIPILÍN.—Señora, usté no ha visto cuernos como los que...

VALENTINA.—Yo he visto cuernos de todas clases, pollo. Hombres es lo que quiero ver ahora.

VIGUDÍ.—¿Pero no los querrá ver por el aire?...

VALENTINA.—Por donde sea menester... ¡Pero a qué viene ese canguelo!... ¡Pero esto es cuadrilla o un pim, pam, pum!... Animo los valientes, que paecéis ahí cuatro gelatinas... Y tú, Bernabé, dales el ejemplo, levanta esa cara, vengan los arrestos de otros días, y tú que lo sabes diles cómo se pelea y cómo se ganan las palmas... ¡Mirarme a mí: me he quedao sola calumniá en metá e la calle; pos como no lo merezco lo desprecio, y aquí me tenéis tan conforme y tan compuesta, de cara a la vida, y alante siempre! ¡Conque si os faltan agallas, decírmelo, porque yo, una pobre mujer, soy capaz de irme a la plaza y matarme los seis toros! *(Todos han cobrado ánimo y sus caras tristes van tomando expresión de valor y confianza.)*

VIGUDÍ.—*(Con entusiasmo.)* ¡Señora, es usté mejor que tila!

SEÑOR TOBÍAS.—¡Tie razón!

SEÑOR BERNABÉ.—¡Valentina, eres como un rayo de sol que too lo llena de alegría y de ánimo!

PACO.—¡Sí, señora, ya soy otro!... ¡Que me echen Labullas!... ¡El tifus va a ser una ligera indisposición compará conmigo! *(Se pone chaleco y chaquetilla.)*

SEÑOR BERNABÉ.—Rita, Pelele... Las chaquetillas, mi sombrero...

PACO.—Venga todo... Elefantes voy a matar yo esta tarde.

ZIPILÍN.—¡Ahí los hombres! *(Sale Rita. Unos a otros se ayudan llenos de entusiasmo, nerviosos..., beben fuman, se mueven. Se oyen en la calle los sones alegres de una charanga que se aleja tocando un pasodoble torero. Se escucha el ruido de los coches, sonar de cascabeles. Voces de gente alegre. Gritos de «¡Eh, a la plaza, a la plaza!» Restallar de látigos. Mucho bullicio y animación. Bernabé hace mutis primera derecha. Entran los Amigos 1.º, 2.º y 3.º por la izquierda.)*

AMIGO 1.º—Hola, Paco, aquí venimos a saludarte.

PACO.—¡Hola, señores! *(Coge el capote.)*

AMIGO 2.º—¡Toma un puro!

AMIGO 3.º—¡Amos, que ya es hora!

AMIGO 1.º—¡A ver cómo queda Madrid!

SEÑOR TOBÍAS.—¡Amos allá, señores!

PACO.—La montera...

AMIGO 1.º—Si la llevas puesta...

PACO.—¡Ah, sí, es verdá!... Vaya, adiós... Hasta luego, señá Valentina. *(Le da la mano.)*

VALENTINA.—Ahora voy yo. ¡Buena suerte, Paco! *(Salen todos en un tropel bullicioso. Pausa. Valentina coge de Rita, que lo saca de la segunda derecha, un cuadro de la Virgen de la Paloma, pone el mantón de Manila sobre la cómoda, coloca el cuadro en ella y ante él dos velas encendidas y un vaso con los claveles que se quita del pecho.)* ¡Virgen de la Paloma, una mirá de compasión pa esos pobres hombres calumniaos que van a jugarse la vida por un cacho de pan y un peazo de gloria!... *(Se arrodilla; se limpia una lágrima. Asoma por la puerta derecha el Señor Bernabé, se quita el castoreño, y dice:)*

SEÑOR BERNABÉ.—¡Bendita seas! *(Pausa; pasa hacia la puerta de la calle. Mutis al buen juicio del*

actor. Se escuchan ya muy lejanos los alegres sones de la charanga y el bullicio de la gente. Telón de cuadro. Música en la orquesta.)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Lugar donde se encuentra situada la plaza de toros de Tetuán, cuya fachada se ve al foro, unida al merendero del Cubanito. Son practicables la puerta de la plaza, la del patio de caballos y la del merendero, en cuya terraza habrá algunas mesas rodeadas de banquetas. Es por la tarde, una tarde radiante de primavera, en la que se celebra una corrida cuyo anuncio se verá pegado en las paredes de la plaza.

ESCENA PRIMERA

Música.

Al levantarse el telón aparecen cuatro golfos mirando por las rendijas de la puerta de la plaza. Uno, de rodillas; otro, empinándose sobre las puntas de los pies; otro, en pie; y el último, tumbado, mirando por debajo de la puerta. Dos COCHEROS, sentados ante una de las mesas del merendero, toman unos quinces. Una vendedora, junto a un pequeño tabanque con cacahuetes y naranjas, dormita tristemente. De la plaza, de cuando en cuando, sale un griterío infernal de indignación, con que el público castiga la torpeza de un torero. Suenan palmas de chunga, monótonas, acompasadas, burlonas; sobresalen voces agudas: «Al corral! ¡Maleta! ¡Asesino! ¡Pincha ratas!» Todo el público, con voces acompasadas: «¡Al corral! ¡Al corral!» Vuelven a escucharse silbidos, suenan trompetillas infamantes, un cencerro golpeado con un palo. Risas, voces atipladas: «¡Ay, qué miedo!... ¡Que

se mude!... ¡Fenómeno!» En un silencio, la Josefa sale por la izquierda, se acerca a la plaza, escucha, mira también por las rendijas de la puerta, y oyendo los denuestos y los gritos del público contra el pobre matador, sonríe y se aleja. Desaparece por la puerta. Aparece SOLE por la puerta de los corrales, demudada, temblorosa, con un mantoncito de crespón negro y con dos o tres claveles cayéndosele del pelo. Trae en la mano un par de banderillas adornadas con muy mal gusto. Dos corchos van clavados en los arponcillos. Lloriquea, y, a cada grito que se oye en la plaza da un salto cómicamente atemorizada. Grito en la plaza y susto.

SOLE.

¡Ay!... Santa María
por poco me muero.
Ese hombre no sirve
para torear.
Catorce estocadas
le atizó al primero,
y al segundo toro
veinte mal contás.
Al tercero, ahora,
lo estaba pinchando,
y al treinta pinchazo
le dijo una voz:
«Oiga, cocinero,
¿le está usté mechando,
o es que va a dejarle
para colador?»
Ese mismo toro
le dió una embestida,
y subió tan alto
que me figuré
que si San Antonio
le ve, le convida,
ya que estaba un paso,
a tomar café.
(Grito en la plaza.)
¡Ay!... Y luego un tío,
con una trompeta,
daba unas notitas
que... ¡vaya con Dios!

Y otro le decía:
«Deja la muleta,
que pa cuando salgas,
necesitas dos.»
Yo traje a la plaza
estas banderillas
pa que se luciera
poniendo un buen par;
y ahora estoy con ellas
que... tengo cosquillas,
y por no pincharme
no me puo rascar.
(Nuevos gritos en la plaza.)
¡Ay!... Ahora dan voces.
¿Qué dicen? «Cabestros.»
¿Es a él o es al toro
pa echarle al corral?
Yo llevo rezados
dos mil padrenuestros.
(Grito y susto.)
¡Ay!... ¡Ahora le llaman!
¡Le llaman morral!
(Grandes gritos en la plaza. Echando a correr asustadísima, hace mutis por donde salió.)

ESCENA II

Se abre la puerta de la plaza y salen el SEÑOR TOBÍAS, descompuesto, con la corbata deshecha, despeinado, el sombrero en la mano. Le trae sujeto por un brazo un joven POLICÍA; los siguen dos GUARDIAS de Seguridad y tres o cuatro INDIVIDUOS con la cabeza vendada, dos MUJERES y un HOMBRE. Salen vociferando todos.

Hablado.

VENDADOS.—¡A la cárcel!
MUJERES.—¡Granuja!... ¡Fuera!

POLICÍA.—¡Eche usté adelante!

SEÑOR TOBÍAS.—*(Golpeando el suelo con el bastón.)* ¡Pero por qué me se detiene a mí, que me se especifique!

POLICÍA.—Porque ha golpeado usté a la gente.

SEÑOR TOBÍAS.—No, señor. ¿De dónde? Lo que hay es que aquí, los denunciantes, han dirigido a la familia del matador, que es amiga mía, un insulto con música del «Ven y ven», y eso no se lo aguanta un servidor ni al alcalde de barrio.

POLICÍA.—¡A la Comisaría!

SEÑOR TOBÍAS.—Pero, señor, si yo no he faltao a nadie; y si no, que lo diga aquí la señora pareja, que ha sido testiga del cuplé.

GUARDIA 1.º—¡Usté ha agredido al señor!

SEÑOR TOBÍAS.—¿Servidor? ¡Miopía es lo que se padece, guardia! Que yo estaba quieto; pero aquí, la parte contraproducente, se ha puesto de una forma, que si yo no les agredo, me agreden, y a mí no hay quien me agreda.

POLICÍA.—Eche adelante y menos música.

SEÑOR TOBÍAS.—Güeno, después de too estoy satisfecho. Me llevo una rondalla. ¡Has ejercido, palasán! *(Vanse por la izquierda. Se escucha dentro una bronca definitiva. Gritos, insultos, ruidos de cencerro. Cesa poco a poco el escándalo. Empieza a salir la gente por la puerta de la plaza, que se abre. La charanga ejecuta un pasodoble.) cacahuetes.)*

ESPECTADOR 1.º—¡Que se l'han echao al corral, pobre chico!

ESPECTADOR 2.º—¡Bien hecho!

ESPECTADOR 3.º—¡Si eso es una torera!... *(Siguen.)*

ESPECTADOR 4.º—¡Anda y que lo maten! *(Salen dos chulas con el mantón al hombro y comiendo cacahuetes.)*

CHULA 1.ª—¡Amos, mia que habernos traído pa esto!

CHULA 2.ª—Paecéis de pueblo.

HORTERA 1.º—Pos a mí me habían dicho que era un torero que se comía los toros.

CHULA 1.ª—Por medios kilos. *(Sigue saliendo gente.)*

CHULA 2.ª—Si no me gustan los torraés, hago la tarde. *(Vanse por la izquierda.)*

ESCENA III

SEÑOR BERNABÉ y VIGUDÍ; el último sale cojeando por la puerta de caballos.

SEÑOR BERNABÉ.—Oye, Vigudí, tú que eres el único que has quedao en condiciones de moverte, haz el favor de decirle al chico del merendero que nos busque un coche y que arrimen, que hasta la jardinera se nos ha ido.

VIGUDÍ.—¡Qué Labullitas, señor Bernabé! ¡Maldita sea su casta!

SEÑOR BERNABÉ.—¡Anda, hijo! *(Sacan en hombros por la puerta principal a un torero. La gente le aplaude.)*

VIGUDÍ.—Y sacan al Herrerito en hombros. ¿Oye usté?

SEÑOR BERNABÉ.—Déjalo. Es nuestra desgracia. Anda. *(Vase Vigudí por el fondo izquierda. Cesa la música y acaba de desfilar el público.)*

ESCENA IV

SEÑOR BERNABÉ y VALENTINA; sale por la puerta de la plaza.

VALENTINA.—*(Con ansiedad.)* ¡Bernabé, Bernabé!

SEÑOR BERNABÉ.—¡Valentina!

VALENTINA.—¿Cómo está Paco?

SEÑOR BERNABÉ.—¿Cómo quies que esté?... Magullao, sofocao, llorando. ¡Hecho una lástima por dentro y por fuera! La Virgen de la Paloma no ha querío oírte.

VALENTINA.—¿Pero crees tú que por un Padrenuestro tenemos derecho a que nos lo arreglen too?... No es poco milagro que salga vivo. Confórmate.

SEÑOR BERNABÉ.—Pue que digas la verdá. ¡Qué tardecita! Calla, ahí lo sacan.

VALENTINA.—¡Pobre chico! ¡Qué compasión!

ESCENA V

DICHOS, PACO, TELARAÑA, el ZIPELÍN y SOLE por la puerta de caballos; al final, VIGUDÍ. Sale PACO apoyado en los hombros del TELARAÑA y el ZIPELÍN; detrás, SOLE. PACO trae todo el calzón roto; la corbata, deshecha; la pechera, desgarrada; despeinado; la coleta, suelta; las medias, sucias de tierra. Además, lleva vendada la pantorrilla derecha. Cojea. Los compañeros de cuadrilla vienen, poco más o menos, como él.

SEÑOR BERNABÉ.—¿Cómo estás, hijo?

PACO.—*(Abrazándole y llorando amargamente.)* ¡Ay padre de mi alma, qué mal he quedao!

SEÑOR BERNABÉ.—¡Amos, hijo; por Dios, no te apures!

PACO.—*(Abrazando a su compañero.)* ¡Ay Zipelín de mi vida, qué mal he quedao!

ZIPELÍN.—Consólate, que ya verás en casa la región glútea.

PACO.—¿Por qué habré salío yo esta tarde de lila, padre?

VALENTINA.—¡Pero qué tie que ver la ropa!

PACO.—¡Sí, señora, sí; que hay colores sombrones..., y siempre que he salío de lila me han catao!

SEÑOR BERNABÉ.—No hagas caso. Ya ves, éste va de verde manzana y de poco le mondan.

PACO.—*(Llorando y mordiéndose los dedos de ira.)* ¡Echarme a mí un toro al corral!... ¿A mí?... ¡Maldita sea! ¡Yo no aguanto esta vergüenza! ¡Yo me quiero cortar la coleta! ¡Darme unas tijeras!

VALENTINA.—Amos, Paco, ten reflexión y serénate, caray, que ahora no estás pa cortarte nada.

PACO.—*(Abrazándola.)* ¡Ay, señá Valentina, qué mal he quedao!

VALENTINA.—Has quedao entero, que no es poco. Lo demás ya se arreglará. Arnica y reflexión.

SEÑOR BERNABÉ.—No pues tener más que un consuelo, hijo; que toas las veces has entrao por derecho, y hasta cuando te ha cogido el toro y te ha zamarreao rompiéndote la taleguilla de arriba abajo el público te ha hecho una ovación. Algo habrá visto el público.

SOLE.—¡Ya lo creo que ha visto! ¡Como que dende donde yo estaba, toas las señoras nos hemos tenío que tapar los ojos!

ZIPELÍN.—Y el torito ese te lo han echao al corral porque no me has hecho a mí caso; si no, ¿de dónde?

PACO.—Pero ¿qué iba yo a hacer?

ZIPELÍN.—¿Pero no oíste cuando yo te dije: anda vivo, que ese toro se acuesta?

PACO.—¡Yo que había de oírte! ¿Crees tú que con un toro con el que llevo media hora de faena, si yo veo que se acuesta, no le canto hasta la nana, hombre?

SEÑOR BERNABÉ.—A más que el chico ya no sabía lo que se hacía.

PACO.—El público me ha vuelto loco, padre.

SEÑOR BERNABÉ.—Toos gritando: «Mójate los dátiles.» «Entra por uvas, melón, que es una pera.»

PACO.—Dátiles, uvas, melón y tirándome naranjas. Que si no hubiese sido más que fruta nominal, menos mal.

SEÑOR BERNABÉ.—¡En fin, l'han lograo! ¡Qué se le va a hacer!

VALENTINA.—Déjalos. Triste alegría.

VIGUDÍ.—*(Que vuelve.)* Ya está ahí el coche.

SEÑOR BERNABÉ.—Amos, hijo, despacito. *(Lo llevan con precaución.)*

ESCENA VI

DICHOS y ENCARNA, por la primera izquierda.

ENCARNA.—¡Paco! ¡Paco!

PACO.—¡Encarna!

ENCARNA.—¡Paco de mi alma! *(Se abrazan.)*

PACO.—*(Llorando.)* ¡Ay Encarna de mi vida, qué mal he quedao!...

VALENTINA.—Pero ¿cómo estás aquí? ¿Qué has hecho, Encarna?

ENCARNA.—Escaparme de con mi padre. Correr a vuestro lao. ¿Qué tienes, Paco? ¿Estás herido?

PACO.—No... Seis esquimosis, dos frazturas conminutas y un puntazo...

ENCARNA.—¿Grave?

PACO.—No; lo voy a tener que pasar de pie.

ENCARNA.—Pero ¿dónde lo tienes?

PACO.—¡No te digo que lo voy a tener que pasar de pie?

SEÑOR BERNABÉ.—Pero, oye, Encarna, márchate, por amor de Dios!... Que si te encontraran aquí creerían que nosotros...

ENCARNA.—Que crean lo que quieran, señor Bernabé. Yo sin Paco, sin Valentina, sin ustés, me muero de tristeza ¡Yo no vuelvo a mi casa!

ESCENA VII

DICHOS, SEÑOR HILARIO AQUILINO, y SEÑOR COSME, por el fondo izquierda.

SEÑOR HILARIO.—*(Con indignación.)* ¿Veis? ¡Lo que yo decía! ¡Aquí con ellos!... ¡Maldita sia!

ENCARNA.—*(Adelantando, valientemente.)* ¡Sí, padre; aquí... con ellos!

SEÑOR HILARIO.—¿Quién te ha mandao venir aquí?

ENCARNA.—Mi corazón.

SEÑOR HILARIO.—Pero ¿qué te han dao esta gente?

ENCARNA.—Alegría, cariño, ilusión pa vivir, Eso me han dao.

SEÑOR HILARIO.—Amos a casa. *(Cogiéndola de un brazo.)*

ENCARNA.—¡Sin ellos, en jamás! *(Soltándose.)*

SEÑOR HILARIO.—Pero ¿es que los prefieres a tu padre?

ENCARNA.—No, señor; los prefiero a toos juntos, como estábamos antes que la envidia nos hubiese envenenao la felicidad. ¡La envidia negra, la envidia triste!

SEÑOR HILARIO.—¡No ha sío la envidia, ha sío la verdá!

SEÑOR BERNABÉ Y VALENTINA.—*(A un tiempo y con igual energía.)* Ha sío la envidia.

SEÑOR HILARIO.—¡La verdá!

LOS DOS.—¡La envidia! *(Cuando el Señor Bernabé y el Señor Hilario están a punto de acometerse, se interpone Sole, llorosa, temblando.)*

SOLE.—¡Señor Hilario, por Dios, no se pongan ustés así! Y, vaya, yo no sé si hago bien u hago mal, pero yo le voy a decir a usté una cosa que me la arrancan del corazón, pero yo se la digo.

SEÑOR HILARIO.—¿Qué me vas a decir?

SOLE.—Que sí, señor; que too lo que ha pasao ha sío una ceguera de la envidia. *(Baja avergonzada la cabeza.)*

SEÑOR HILARIO.—¿Qué estás diciendo?

SOLE.—Cuando yo se lo digo a usté... *(Se arrodilla a sus pies.)*

VALENTINA.—¿Lo oyes? ¿Lo estás oyendo?

SEÑOR HILARIO.—Pero tú...

SOLE.—*(Con tristeza.)* No me hagan ustés hablar más.

VALENTINA.—Basta. Levanta, hija; no hace falta que pa defendernos acuses a la persona que más ties que querer.

SOLE.—*(Enternecida.)* ¡Señá Valentina!

VALENTINA.—No hay nada que defienda a la gente mejor que la verdá.

SEÑOR HILARIO.—Y si too era mentira, ¿por qué no has venío tú a defenderte?

VALENTINA.—Porque no me hacía falta. Honrada he sido siempre. Creerme honrada es hacerme justicia. Si tú no me la quies hacer, no me la hagas. Las mujeres como yo, esa justicia no la piden de limosna.

SEÑOR HILARIO.—Eso es orgullo.

VALENTINA.—No sé lo que será. Cuando hay barro en la calle, pa no ensuciarme me levanto la falda. A algunos pue que les parezca otra cosa. Pa mí es aseo. Pos cuando tropiezo con la envidia, levanto el alma para no manchármela. ¡A algunos les parecerá orgullo, pa mí es dignidá!

SEÑOR HILARIO.—¿Y quién me prueba que too era mentira?

VALENTINA.—Lo que acabas de oír a esta criatura. Mi vida siempre clara, el cariño de tu hija.

ENCARNA.—Si yo hubiese visto en ella lo más mínimo contra mi padre, ¿cómo la iba a haber querido?

AQUILINO.—Hilario, son veinticinco años de afezto. ¿Quies creerme, aunque soy municipal?

SEÑOR HILARIO.—¿Qué me vas a decir?

AQUILINO.—Que abras los ojos a la luz.

ENCARNA.—Sí, padre; toavía pue arreglarse too.

PACO.—Too menos mi reputación

SOLE.—¡Señor Hilario!... *(Suplicante.)*

SEÑOR COSME.—Amos, ¡un rasgo, Hilario!

SEÑOR HILARIO.—Que haga lo que guste... Que venga. Ya hablaremos.

VALENTINA.—¿Voy o no voy? Lo que tú quieras.

SEÑOR HILARIO.—Cuando no he querido, es de tanto que he querido.

ENCARNA.—¡Padre!... *(Los abraza y los aproxima.)*

SEÑOR BERNABÉ.—*(Con amargura.)* Bueno; ustés s'han arreglao. Está mu bien. Pero nosotros estamos de más. Que lo de los Labullas lo tengo yo cla-

vao en el corazón. *(Paco da un suspiro muy hondo.)* Amonos, monumento malograo.

AQUILINO.—Perdónale, Bernabé. Ha tenío una venda en los ojos.

PACO.—Sí; pero por tener él una venda, fíjese usté la que yo tengo. *(Enseñando la de la pierna.)*

SEÑOR BERNABÉ.—Doce metros. *(Inician el mutis.)*

VALENTINA.—¡Alto! ¡Quietos aquí! A obedecerme. Y oye una condición, Hilario.

SEÑOR HILARIO.—Tú dirás.

VALENTINA.—Que mañana too el mundo a casa. Aquel arroz que quedó en pie se comerá, si Dios quiere. Tú torearás Bobadillas, y si entonces quedas mal, a seguir en tu oficio. Luego os casaréis. Nosotros, al trabajo, al cariño; too como antes. No le cedo a la envidia ni el canto de un duro.

SOLE.—Y a mí no me echarán ustés del lavadero, ¿verdá, señá Valentina?

VALENTINA.—¡Quia, hija, ni lo sueñes! Soy buena, pero no tanto. Tú ties que ganarte allí una peseta pa llevársela a tu madre. Que no hay peor castigo pa un envidioso que tener que vivir del bien que ha querido destrozar.

SEÑOR BERNABÉ.—¡Ole, eres Agustina de Aragón y Cascorro, too en un pieza!

VALENTINA.—¡Soy una madrileña honrada, dilo de una vez!

VIGUDÍ.—*(A Hilario.)* ¿Convidará usté a árnica?

SEÑOR HILARIO.—Y a más os doy un duro por cada chichón.

PACO.—Se arruina.

VALENTINA.—*(Al público.)*

Y al fin, vencida la envidia,
quien de ella triunfó, os demanda
que al terminar el sainete
perdonéis sus muchas faltas.

(Música. Telón.)

FIN DE
«EL CHICO DE LAS PEÑUELAS, O
NO HAY MAL COMO EL DE LA ENVIDIA»